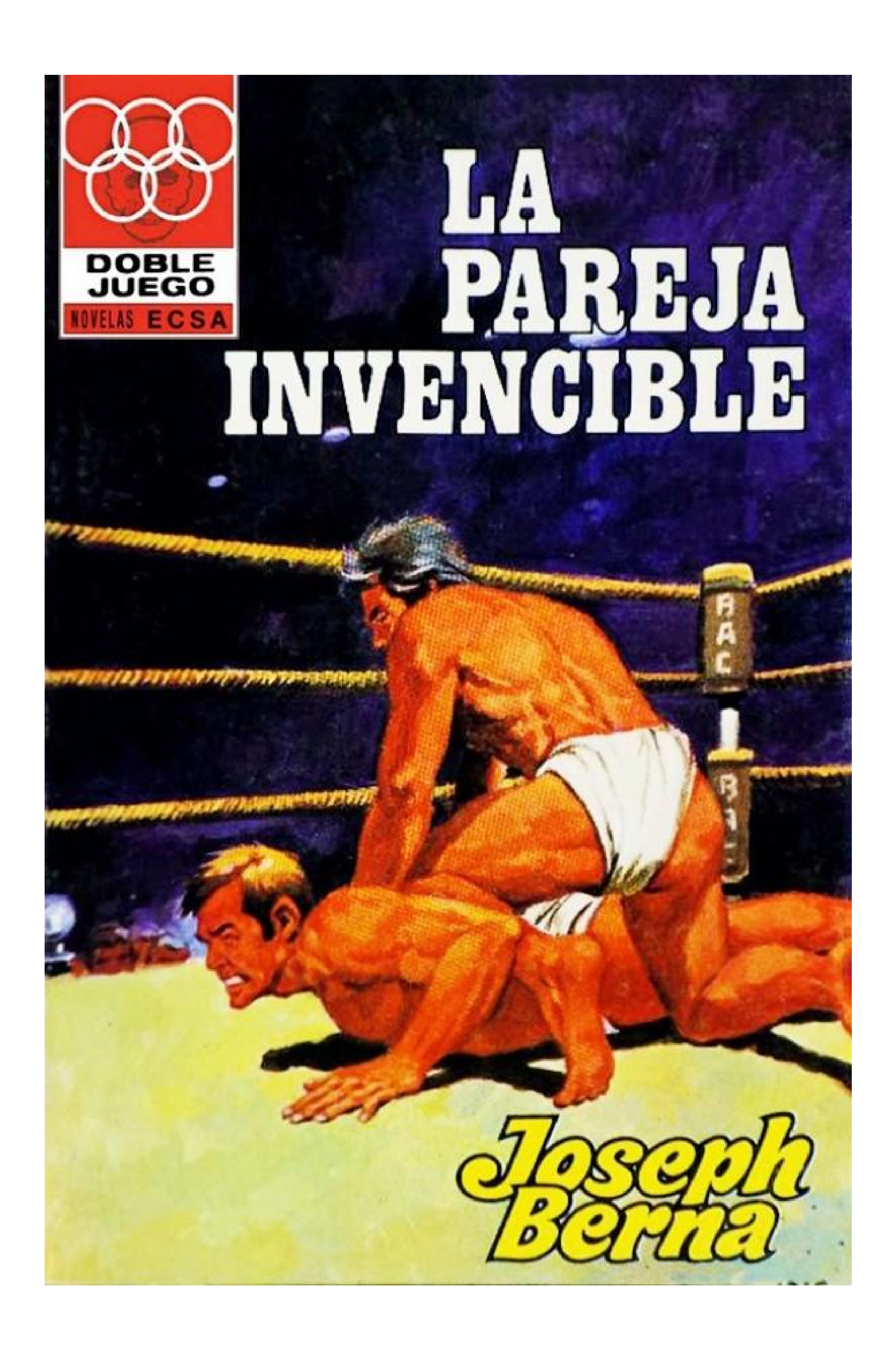
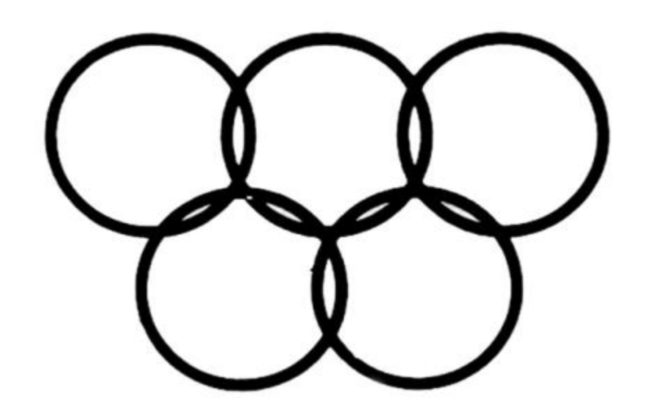

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
LA
PAREJA
INVENCIBLE
Joseph
Berna



COLECCION
DOBLE
JUEGO

ECSA

JOSEPH BERNA

LA PAREJA INVENCIBLE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 28
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal: B. 30.059-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

En el Royal Club, uno de los más populares recintos deportivos de la ciudad de San Francisco, estaba teniendo lugar una interesante velada de lucha libre americana.

Había sido organizada por Jacob Barnes, buen conocedor de los gustos del público que solía acudir a presenciar los combates, por lo que siempre ofrecía lo que los espectadores querían ver.

Combates broncos.

Emocionantes.

Espectaculares.

Los de aquella noche no estaban siendo una excepción, por lo que el público, que llenaba casi totalmente el Royal Club, se lo estaba pasando francamente bien.

Los aficionados a la lucha libre conocían sobradamente a la mayoría de los luchadores que figuraban en el cartel de la velada, pues los habían visto en acción repetidas veces. Sabían de los recursos y las posibilidades de cada cual, y ello les permitía apostar con ciertas garantías de éxito.

Claro, que no siempre ganaba el luchador favorito.

Aquella noche, por ejemplo, en el primer combate de la velada, el que había enfrentado a Barry Mostel, «el león californiano», con Max Lubin, «el oso canadiense», se había impuesto a este último, cuando el favorito, en opinión de la mayoría, era el primero.

Había sido un combate de revancha, ya que en la anterior pelea, celebrada un par de semanas atrás, Barry Mostel logró imponerse claramente a Max Lubin, gracias a su mejor técnica.

Por ello, los aficionados esperaban que «el león californiano» venciera nuevamente a «el oso canadiense», pero este, que era más bruto que grande, había realizado una pelea sucia, empleando toda clase de artimañas, frente a las que nada pudo hacer Barry Mostel, y Max Lubin había conseguido la victoria.

Esto era bueno para Jacob Barnes, pues le permitirla organizar un tercer combate entre Mostel y Lubin. Sabía que el público que llenaba prácticamente el Royal Club lo estaba deseando ya.

En el segundo combate de la noche, sí había vencido el luchador favorito. Y también se había cumplido el pronóstico en el tercer combate de la velada, aunque la verdad es que estuvo a punto de romperse, puesto que el luchador considerado como favorito pasó grandes apuros y le resultó muy difícil derrotar a su rival.

Esto, naturalmente, acrecentaba la emoción de los combates y aumentaba el interés de los espectadores. Especialmente, de los que tenían por costumbre apostar por los luchadores que contaban con menos posibilidades de conseguir la victoria, porque, si ganaban, el beneficio era mucho mayor, lógicamente.

En aquellos momentos se estaba disputando el cuarto combate de la noche. Sobre el cuadrilátero, Humberto Yáñez, «la bestia chilena», y Jerry Bogart, «el pulpo de Oregón», se estaban sacudiendo de firme.

El pronóstico, aunque muy ligeramente, se inclinaba a favor de Jerry Bogart, al que llamaban «pulpo» porque parecía tener cuatro brazos y cuatro piernas, de tan aprisa que movía sus extremidades superiores e inferiores, y las magníficas presas que solía hacer con ellas.

Cuando Jerry Bogart se enroscaba a su rival de turno, este se las veía y se las deseaba para librarse de él. Frente a un contrincante menos duro y difícil que Humberto Yáñez, «el pulpo de Oregón» se habría impuesto con claridad, pero «la bestia chilena» era un rival de mucho cuidado.

Al igual que Max Lubin, «el oso canadiense», Humberto Yáñez no dudaba en pelear sucio cuando veía que era la única forma de vencer a su rival, y Jerry Bogart no encontraba la manera de enroscarse a él de forma definitiva y lograr la victoria.

Los espectadores rugían, enfervorizados.

Casi todos deseaban el triunfo de «el pulpo de Oregón», porque les gustaba mucho más su estilo que el de «la bestia chilena», pero como eran bastantes los que habían colocado su dinero a favor de Humberto Yáñez, tampoco a este le faltaban los gritos de aliento.

Por enésima vez, Jerry Bogart intentó apresar al chileno, pero este, que sabía lo peligroso que era verse rodeado por los brazos y por las piernas de «el pulpo de Oregón», se escabulló hábil y suciamente, propinándole un tremendo pisotón a su rival.

Y, como al propio tiempo le tiró de una patilla, como si quisiera

quedarse con ella como recuerdo, Jerry Bogart chilló con ganas.

El árbitro intentó amonestar a Humberto Yáñez, pero también recibió un pisotón del chileno, aparentemente casual, y empezó a saltar a la pata coja, olvidándose por completo de la amonestación.

Parte del público rio.

«La bestia chilena» se dijo que debía aprovechar aquellos momentos en los que el árbitro solo se preocupaba de su pie lastimado, y demostró que lo de «bestia» estaba plenamente justificado.

Para empezar, le propinó un terrible golpe a Jerry Bogart en los riñones, y cuando este cayó sobre la lona, bramando de dolor, Humberto Yáñez saltó sobre él, le agarró la cabeza, y se la giró bruscamente, como si quisiera obligarle a mirarse la espalda, en vez del pecho.

«El pulpo de Oregón» aulló, ahogando el crujido de sus vértebras cervicales, que corrían el peligro de quebrarse.

«La bestia chilena», no contenta con ello, le dio un puñetazo a su rival en el estómago y otro en el bajo vientre, lo cual provocó las iras de la mayoría de los espectadores.

—¡Animal!

—¡Traidor!

—¡Asesino!

—¡Sucio!

—¡Bestia!

Todo esto, y mucho más, le llamaron los aficionados a Humberto Yáñez, pero el chileno hizo oídos sordos y siguió castigando duramente a Jerry Bogart, sin que el árbitro pareciera enterarse.

«El pulpo de Oregón», a pesar de los golpes recibidos, consiguió reaccionar y se enroscó al cuerpo de «la bestia chilena», haciéndole una llave increíble.

Humberto Yáñez relinchó de furia.

Se había confiado, creyendo tener medio muerto a Jerry Bogart, y sospechaba que iba a pagar muy caro su error, porque la presa era terrible.

No podía hacer nada.

«El pulpo de Oregón» lo tenía prácticamente inmovilizado.

La alegría de los simpatizantes de Jerry Bogart era tremenda.

—¡Estrangúlalo, «Pulpo»!

—¡Acaba con esa bestia asesina!

—¡Sácale las tripas por la boca!

—¡Pártele el espinazo!

—¡Rómpele el cuello!

Mientras los aficionados rugían, entusiasmados por el giro que había dado el combate, Humberto Yáñez pugnaba desesperadamente por librarse de Jerry Bogart, pero este, más «pulpo» que nunca, continuó enroscado a su cuerpo, sujetándolo con brazos y piernas, sin permitirle siquiera rascarse la nariz.

—¡Bastardo! —ladró el chileno.

—¡Ríndete, «Bestia»! —aconsejó Bogart.

—¡Nunca, «Pulpo»!

—¡Te tengo bien atrapado!

—¡Me soltaré, ya lo verás!

—¡Te obligaré a rendirte, «Bestia»!

Jerry Bogart acercó su rodilla derecha al slip de Roberto Yáñez y presionó con ella, aplastando los órganos genitales de «la bestia chilena».

Humberto bramó como si lo estuvieran asando vivo.

—¡Ríndete, «Bestia»! —pidió Jerry Bogart.

—¡No!

La rodilla de Bogart presionó con más fuerza, haciendo bramar de nuevo al chileno.

—¡Ríndete o te los hago papilla, «Bestia»!

Humberto Yáñez no lo dudó esta vez, porque el dolor que sentía en los testículos era insufrible.

—¡Basta, «Pulpo», me rindo, me rindo, me rindo…! —chilló, golpeando con su mano la lona, para que el árbitro detuviera el combate.

El árbitro ordenó a Jerry Bogart que soltara a «la bestia chilena» y lo proclamó vencedor del combate, entre los aplausos del público.

«El pulpo de Oregón» saludó a los espectadores, agradeciendo los gritos de aliento que había recibido de ellos durante la pelea, y se retiró a los vestuarios.

Humberto Yáñez también se retiró, encogido como un viejo de noventa años aquejado de artritis, porque si se ponía recto el sufrimiento era aún mayor.

Los aficionados lo abuchearon con ganas, y no dejaron de

meterse con él hasta que lo vieron desaparecer por la puerta de los vestuarios.

Entonces, los espectadores se olvidaron de «la bestia chilena» y pasaron a comentar el siguiente combate de la velada, que sería el último de la noche.

Como de costumbre, se trataba de un combate de *cath* a cuatro.

Era la modalidad que más gustaba a los aficionados, y como Jacob Barnes lo sabía, siempre la reservaba para el combate de fondo, el que cerraba la velada.

El combate de aquella noche tenía muchos alicientes, ya que una de las parejas estaba formada por Tatsuo Sonoda, «la fiera amarilla», y Lakhdar Malloumi, «el tigre argelino».

El japonés era un extraordinario luchador, pero el argelino no le andaba a la zaga, y ambos entusiasmaban al público en todas sus actuaciones.

Desde luego, fue un gran acierto de Jacob Barnes el sugerirles que formaran pareja, pues el japonés y el argelino se compenetraban muy bien, resultando una pareja muy difícil de batir.

La pareja rival, era toda una novedad, ya que estaba formada por dos luchadores absolutamente desconocidos para los aficionados de San Francisco.

Se trataba de Bruno Vitali y Oscar Gálvez, un italiano y un argentino, que siempre peleaban juntos y se presentaban como «la pareja invencible».

Pronto se sabría si eran realmente invencibles o se trataba de una falsa propaganda, porque tanto ellos como el japonés y el argelino estaban saliendo ya de los vestuarios.

CAPÍTULO II

Los aficionados recibieron con una gran ovación a los cuatro luchadores, aunque los aplausos iban especialmente dedicados a Tatsuo Sonoda, «la fiera amarilla», y Lakhdar Malloumi, «el tigre argelino».

Eran los favoritos, naturalmente, a pesar de la fama de invencibles que traían Bruno Vitali y Oscar Gálvez, seguramente inventada para despertar el interés del público.

Los espectadores que solían apostar, lo habían hecho en su mayoría a favor de Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, de cuyo triunfo estaban absolutamente convencidos.

El japonés, un tiarrón de casi dos metros de estatura y ciento dieciocho kilos de peso, era algo impresionante. Pero no era menos impresionante el aspecto físico del argelino, pues era casi tan alto como «la fiera amarilla» y pesaba solo tres kilos menos que él.

«El tigre argelino» lucía un exagerado mostacho, que prácticamente le tapaba la boca, lo cual le daba una expresión realmente fiera a su cara, nada agraciada, por cierto.

Sí, Lakhdar Malloumi era un tipo bastante feo, pero como tampoco Tatsuo Sonoda era Robert Redford, precisamente, no desentonaba demasiado.

Bruno Vitali y Oscar Gálvez también se habían despojado de sus respectivas batas. Iban a luchar con slip rojo, mientras que Sonoda y Malloumi disputarían el combate con slip negro.

El luchador italiano rondaba el metro noventa de estatura, y pesaba noventa y dos kilos. No era, por tanto, una mole de carne y músculos, como el japonés y el argelino, pero poseía una complexión física envidiable, ya que se trataba de un tipo ágil y fuerte, resistente, con unos reflejos increíbles.

Bruno Vitali tenía veintiocho años de edad, el pelo negro y ensortijado, los ojos brillantes, la nariz recta, el mentón firme.

No eran muchas las mujeres que se hallaban presentes en el Royal Club, pero a las pocas que había les pareció que el luchador italiano era un tipo muy atractivo.

Ello, unido al hecho de que los italianos tienen fama de ser unos amantes expertos y ardientes, hizo que más de una de las mujeres que se encontraban en el recinto deportivo sintiera deseos de irse a la cama con el apuesto y atlético Bruno.

Tampoco Oscar Gálvez era feo, puesto que tenía la cara simpática. Su constitución física, sin embargo, se aproximaba más a la de Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi que a la de su compañero, ya que medía nada menos que 2,02 metros de estatura, y pesaba ciento trece kilos.

Sí, el luchador argentino era otra mole de carne y músculos, con una fortaleza que impresionaba. Tenía el pelo oscuro, corto y recio, los ojos azules, y la nariz chata. Contaba treinta y dos años de edad.

Los aficionados observaban con curiosidad a Bruno Vitali y Oscar Gálvez, como intuyendo que, con tan buena planta física, eran muy capaces de poner en dificultades al japonés y al argelino, aunque seguían pensando que «la fiera amarilla» y «el tigre argelino» acababan imponiéndose y romperían la fama de invencibles que traían sus contrincantes.

Bruno y Oscar no parecían pensar igual, pues se veían tranquilos, sonrientes y muy seguros de sus posibilidades. Se diría que estaban acostumbrados a luchar con enemigos difíciles y conseguir siempre la victoria, como si fuera cierto lo de «La pareja invencible».

El árbitro llamó a los luchadores al centro del cuadrilátero, para que se saludaran. Y también, naturalmente, para pedirles que hicieran un combate limpio, respetando todas las reglas.

Luego sucedía que casi nadie las respetaba, pero el árbitro tenía la obligación de pedir que se luchara noblemente, y así lo estaba haciendo.

Bruno Vitali estrechó la mano de Tatsuo Sonoda, y Oscar Gálvez la de Lakhdar Malloumi.

—Suerte, amigos —dijo el luchador italiano, con una amable sonrisa.

—Sois vosotros los que la vais a necesitar —respondió el japonés, en tono jactancioso.

—¿Estáis seguros? —preguntó Oscar.

—Somos mejores que vosotros —aseguró el luchador argelino.

Bruno estrechaba ahora la mano de Lakhdar Malloumi, y Oscar

hacía lo propio con Tatsuo Sonoda.

El argelino y el japonés, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a apretar más de la cuenta las manos del italiano y el argentino.

Estaba claro que se trataba de un tanteo de fuerzas, y Bruno y Oscar lo aceptaron, apretando a su vez las diestras de sus rivales.

El árbitro vio cómo se hinchaban los poderosos bíceps de los luchadores, así como sus músculos pectorales, y adivinó lo que estaba sucediendo, pero no intervino.

Estrecharse la mano con fuerza, no suponía ninguna infracción al reglamento del *catch* a cuatro. Y como además resultaba divertido y emocionante, el árbitro no tuvo inconveniente en permitir que los cuatro luchadores siguieran midiendo sus fuerzas.

Los aficionados advirtieron también lo que estaba sucediendo, y no apartaban los ojos de los luchadores, para ver cómo acababa la cosa.

Aparentemente, parecía que «el tigre argelino» era capaz de triturar la mano de Bruno Vitali, gracias a su mayor peso y estatura, pero el luchador italiano no lo debía estar pasando tan mal, a juzgar por su risueña expresión.

Lakhdar Malloumi, en cambio, tenía el rostro contraído y congestionado, a causa del esfuerzo que estaba realizando por doblegar al italiano, sin conseguirlo.

—Te tiembla el mostacho, Lakhdar —dijo Bruno, en tono burlón.

—A ti te va a temblar todo, dentro de unos minutos —masculló el luchador de Argelia.

—Nos están amenazando, Oscar.

El luchador argentino, que también sonreía, dijo:

—Déjalos, Bruno. Lo que valen son los hechos, no las palabras.

Tatsuo Sonoda, que tampoco conseguía doblegar a Oscar Gálvez, rezongó:

—Os vamos a quebrar la mitad de los huesos.

—¿En serio? —repuso el argentino, con ironía, y apretó con más fuerza la mano del japonés.

«La fiera amarilla» no pudo reprimir un gemido de dolor, porque Oscar le estaba triturando los dedos. Intentó contrarrestar el ataque de la mano del luchador argentino, pero la suya se mostró incapaz

de recuperar el terreno perdido.

El árbitro adivinó que Tatsuo iba a propinarle un golpe a Oscar, única manera de rescatar su triturada mano, y se apresuró a intervenir antes de que tal cosa sucediera.

—Ya os habéis saludado bastante, muchachos —dijo, sonriente, al tiempo que empujaba el pechazo del argentino y el del japonés, obligándolos a separarse.

Luego, hizo lo propio con Bruno Vitali y Lakhdar Malloumi.

Para «el tigre argelino» también supuso un gran alivio que el luchador italiano le soltase la mano, pues lo estaba pasando casi tan mal como «la fiera amarilla», porque la diestra de Bruno Vitali era acero puro.

Los espectadores se percataron de que el japonés y el argelino, los presuntos ganadores del combate, no habían salido muy bien librados del tanteo de fuerzas, y volvieron a pensar que Bruno Vitali y Oscar Gálvez podían crearles muchas dificultades durante la pelea.

Algunos pensaron, incluso, que peligraba la victoria de Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, a pesar de su experiencia y habilidad, tantas veces demostrada.

Habría que ver cómo se iniciaba el combate.

Y eso sería enseguida, porque el árbitro ya estaba haciendo sonar el silbato.

CAPÍTULO III

El combate lo iniciaron Oscar Gálvez y Tatsuo Sonoda, quedando Bruno Vitali y Lakhdar Malloumi fuera del cuadrilátero, agarrados a las cuerdas, en espera del momento de su intervención.

El argentino y el japonés comenzaron a girar lentamente en el centro del *ring*, estudiándose mutuamente. Hubo un par de amagos de ataque por parte de «la fiera amarilla», pero no consiguió engañar a Oscar Gálvez.

El árbitro, muy atento, seguía los movimientos de ambos luchadores, adivinando que de un instante a otro iban a saltar el uno sobre el otro.

Los aficionados también lo adivinaban, y aguardaban expectantes el momento del violento choque. Algunos, sin embargo, no tenían paciencia y empezaron a gritar:

—¡Ataca ya, Tatsuo!

—¡Hazle una llave de las tuyas al argentino, «fiera amarilla»!

—¡Atrápalo y hazle la «corbata», japonés!

—¡Mejor hazle la «pajarita»! —dijo un guasón, provocando las risas de los espectadores más cercanos a él.

Tatsuo Sonoda, animado por el público, saltó sobre Oscar Gálvez e intentó derribarlo, pero el argentino resistió perfectamente el ataque del japonés y trató de derribarlo a su vez.

—¡Túmbalo, Oscar! —gritó Bruno Vitali.

—¡Engatíllale la pierna, Tatsuo! —rugió Lakhdar Malloumi.

«La fiera amarilla» trató de seguir el consejo de su compañero, pero Oscar Gálvez no se dejó engatillar ninguna de sus dos extremidades inferiores.

Y no solo eso, sino que aprovechando que Sonoda se sostenía solamente con una pierna, pues la otra seguía queriendo hacer de «gatillo», el argentino empujó con fuerza e hizo perder el equilibrio al japonés, sobre el cual cayó.

Tatsuo evitó la puesta de espaldas, pero no pudo impedir que Oscar le hiciera una magnifica llave, de la cual le iba a resultar muy difícil escapar.

Lakhdar Malloumi se dio cuenta de ello, y no dudó en acudir en ayuda de su compañero. Saltó las cuerdas y se arrojó sobre Oscar Gálvez, incrustándole una rodilla en la región renal, al tiempo que lo agarraba de las orejas.

El luchador argentino lanzó un bramido de dolor y soltó a Sonoda.

El japonés, aprovechando que Oscar Gálvez se hallaba momentáneamente indefenso, le propinó un golpe en el cuello y otro en el estómago.

Bruno Vitali había saltado también al *ring*, en ayuda de su compañero. Su primer golpe fue para «el tigre argelino», en plena nuca, obligándolo a soltar a Oscar.

Tatsuo se desentendió de Oscar y se lanzó sobre Bruno, pero este lo recibió con las piernas encogidas, dejándose caer de espaldas, y volteó espectacularmente al japonés.

«La fiera amarilla» chilló por el aire, pues pensó que iba a caer fuera del *ring* y se estrellaría contra el suelo. Por suerte para él, chocó contra las cuerdas, rebotó en ellas, y cayó sobre la lona que cubría el cuadrilátero.

Lakhdar Malloumi, recuperado del golpe que le propinara el luchador italiano en la nuca, intentó arrojarse sobre Bruno, pero Oscar, que también se había recobrado, agarró por las piernas al argelino y trató de hacer un nudo marinero con ellas.

El luchador de Argelia aulló de dolor.

Tatsuo Sonoda quiso acudir en su auxilio, pero se encontró con Bruno Vitali, quien, sorprendentemente, agarró por la cabeza al japonés y le obligó a dar una vuelta de campana, antes de estrellarlo contra la lona.

Acto seguido, el italiano se lanzó sobre «la fiera amarilla» y le hizo una presa espectacular. Con el brazo izquierdo le engatilló el brazo derecho, y para que el japonés no pudiera recuperar la libertad de su brazo, le pasó la pierna izquierda por el antebrazo, casi a la altura de la muñeca.

Y, por si fuera poco, la pierna de Bruno presionaba con fuerza sobre el antebrazo de Tatsuo, amenazando con causarle una luxación de codo.

El japonés lanzó un potente alarido, con las manos muy abiertas, los dedos separados y rígidos, los ojos apretadamente cerrados, el

rostro contraído de dolor.

Lakhdar Malloumi no lo estaba pasando mucho mejor que Tatsuo Sonoda, porque Oscar Gálvez ya casi tenía hecho el nudo marinero con las piernas del argelino, que bramaba como si le estuvieran aplicando un hierro candente en la espalda.

Los espectadores lo veían y no lo creían.

Habían enmudecido casi todos, y con ojos agrandados por la sorpresa contemplaban los apuros que estaban pasando el japonés y el argelino, prácticamente dominados por «la pareja invencible».

El árbitro miraba a Tatsuo y Lakhdar, para ver si se rendían y señalaba el final del combate, proclamando vencedores a Bruno y Oscar.

Pero no.

Aún quedaba mucha pelea.

Tatsuo y Lakhdar también eran de los que recurrían a todo, lícito o no, con tal de escapar de una situación difícil. Y como la que ambos estaban viviendo no podía ser más angustiosa, el argelino disparó su mano hacia la cara de Oscar, con los dedos rectos y pegados, buscando los ojos del luchador argentino.

Oscar Gálvez dio un rugido de dolor y soltó las piernas de «el tigre argelino», llevándose ambas manos al rostro, momento que aprovechó Lakhdar Malloumi para sujetar por detrás a su rival, pasándole los brazos por las axilas y entrelazando sus manos en la nuca del argentino.

Era una buena presa.

Oscar tendría que mostrarse muy hábil si quería zafarse de Lakhdar, antes de que este le dislocara los hombros o le rompiera alguna de las vértebras del cuello.

Tatsuo, por su parte, había conseguido agarrar del pelo a Bruno con su mano izquierda, y tiraba con tanta fuerza de él, que el luchador italiano no tuvo más remedio que deshacer la llave con que inmovilizaba al japonés.

«La fiera amarilla» se revolvió y, sin soltar el negro pelo de su rival, le colocó la rodilla entre los muslos, sin demasiado disimulo, como si no le importara la presencia del árbitro.

Bruno Vitali gritó al recibir el golpe en sus órganos genitales, y quedó momentáneamente a merced del sucio japonés.

Tatsuo Sonoda no perdió el tiempo.

Agarró al luchador italiano, lo arrastró hacia las cuerdas, le inmovilizó los brazos con ellas, dejándolo prácticamente atado, y se retiró, para tomar carrera.

Los espectadores rugieron de júbilo, porque adivinaban las intenciones de «la fiera amarilla».

El árbitro, que también las adivinaba, hizo ademán de amonestar a Tatsuo, pero este lo vio por el rabillo del ojo y simuló tropezar con él.

Más que un tropezón fue un empellón.

Y cuando un luchador de *catch* de casi dos metros de estatura y ciento dieciocho kilos de peso le da un empellón a alguien...

Sí, el pobre árbitro salió despedido como si lo hubiera coceado un mamut, pasó por entre las cuerdas, y cayó al suelo, entre las carcajadas del público.

El árbitro rezongó una maldición y empezó a gatear por debajo del cuadrilátero, como si buscara algo.

—¿Qué se le ha perdido, juez...? —preguntó un espectador.

—¡El pito!

—¿No será que se lo ha tragado?... —preguntó otro aficionado, con guasa.

—¡Lo que ocurre es que tiene miedo de subir de nuevo al *ring*, seguro! —dijo otro espectador.

—¡Al diablo! —barbotó el árbitro, y siguió buscando su silbato.

Entretanto, en lo alto del cuadrilátero, Tatsuo Sonoda había tomado carrera y se había lanzado de cabeza contra el pecho de Bruno Vitali, propinándole un golpe tremendo.

El luchador italiano, que todavía no se había recuperado del rodillazo que recibiera donde más duele, gritó al recibir el cabezazo del japonés.

Oscar Gálvez, medio cegado por la sucia acción de Lakhdar Malloumi, cuando consiguiera meterle las puntas de los dedos en los ojos, a modo de cuña, intentó escapar de la férrea presa del argelino, para poder ayudar a su compañero, pero el argelino lo tenía formidablemente cogido, y no consiguió zafarse.

—¡Bravo, Tatsuo! —exclamó Lakhdar—. ¡Atízale ahora al argentino!

—¡Excelente idea! —respondió «la fiera amarilla», y se lanzó contra Oscar, pero no de cabeza, sino con los pies por delante.

Las flexibles botas del luchador japonés golpearon duramente la amplia caja torácica del argentino, quien no pudo contener un rugido de dolor.

Los espectadores que habían apostado por Sonoda y Malloumi aplaudían las acciones de estos, aunque reconocían que estaban peleando sucio y ello les hacía sentir una cierta simpatía hacia Bruno y Oscar, mucho más nobles y correctos.

Pero, claro, el interés es el interés, y cuando anda en juego el vil metal…

Tatsuo Sonoda estaba tomando de nuevo carrera, para proyectarse otra vez de cabeza sobre el indefenso Bruno Vitali.

¡Y el árbitro seguía buscando su silbato!

Bruno vio venir hacia él al japonés, en plan kamikaze, y realizó un supremo esfuerzo por soltarse de las cuerdas. Solo consiguió la libertad de uno de sus brazos, el derecho, pero fue suficiente para esquivar la embestida de Tatsuo, ya que le permitió desplazar velozmente su cuerpo hacia la izquierda.

«La fiera amarilla», que ya se había lanzado de cabeza, no pudo frenar su impulso y pasó por entre las cuerdas como una bala de cañón, cayendo varios metros más allá del *ring*.

Los espectadores rompieron a reír, porque la caída del japonés había sido realmente cómica.

Oscar Gálvez se alegró infinitamente del fallo de Tatsuo.

—¡Magnífico, Bruno!

—¡Voy en tu ayuda, Oscar! —dijo el italiano, soltando su brazo izquierdo.

—¡Malditos! —rugió Lakhdar Malloumi, y acentuó la presión que sus musculosos brazos ejercían sobre los robustos hombros del luchador argentino, para provocar su luxación.

Oscar lanzó un aullido de dolor, y como no quería que el argelino le dislocara ambos hombros, se venció bruscamente hacia su derecha.

Lakhdar, que no se esperaba aquello, se venció también y se propinó un fuerte golpe en la cabeza, lo que le obligó a soltar los brazos del argentino.

Oscar se irguió de un salto.

—¡Ahora te daré yo a ti, argelino del demonio!

—¡Duro con él, Oscar! —lo animó Bruno.

—¡Y tan duro! —respondió el argentino, agarrando a Lakhdar del mostacho.

Así lo levantó, tirándole del bigotazo, y cuando lo tuvo en pie, empezó a sacudirle con ganas.

Bruno Vitali buscó a Tatsuo Sonoda con la mirada.

El japonés ya iba hacia el *ring*, soltando tacos en su lengua.

El árbitro había localizado su silbato, pero simulaba seguir buscándolo, porque la verdad era que le daba pánico subir de nuevo al cuadrilátero, dado el cariz que había tomado el combate.

Bruno esperó a que Tatsuo trepara al *ring*, pero lo agarró de las orejas antes de que saltara por encima de las cuerdas, y le ayudó a salvarlas tirando con fuerza de los apéndices auriculares del japonés.

«La fiera amarilla» chilló agudamente y se estrelló contra la lona del cuadrilátero, dando un par de vueltas de campana.

Se encontró con un trozo de bigote.

Lo había perdido «El tigre argelino», tras un fuerte tirón de Oscar al mostacho de Lakhdar, quien estaba recibiendo más golpes que una estera.

Lo de «el tigre argelino», ya no le iba bien.

Ahora habría que llamarle «el gato argelino».

Un gato sin uñas y sin dientes, al que Oscar Gálvez parecía coger del rabo y voltear a su antojo.

Algo parecido le ocurrió a «la fiera amarilla», cuando Bruno Vitali lo agarró por su cuenta.

A Tatsuo tampoco le quedaba bien ya lo de «fiera», porque no podía morder ni dar zarpazos.

Bruno y Oscar hicieron cuanto quisieron con el japonés y el argelino, antes de obligarles a rendirse.

Y el árbitro, que ya se había hecho el ánimo de subir de nuevo al *ring*, declaró vencedores del combate a Bruno Vitali y Oscar Gálvez, «la pareja invencible».

CAPÍTULO IV

Cuando Bruno Vitali y Oscar Gálvez saludaron al público, recibieron una de las mayores ovaciones que se habían escuchado en el Royal Club desde que el recinto deportivo fue construido.

A nadie la importaba ya haber apostado por la victoria de Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, los presuntos ganadores del combate, que sin embargo habían sido derrotados de forma tan clara como contundente por «la pareja invencible».

Sí, «la fiera amarilla» y «el tigre argelino» habían recibido una soberana paliza, pese a haber recurrido a los golpes sucios y antideportivos, a acciones antirreglamentarias, merecedoras no solo de amonestación por parte del árbitro del combate, sino de una descalificación fulminante.

Pero, claro, el árbitro había estado casi todo el tiempo gateando por debajo del cuadrilátero, buscando su silbato, y fingiendo que no lo encontraba, y así no podía amonestar ni descalificar a nadie.

Tampoco había hecho falta, en realidad, ya que Bruno Vitali y Oscar Gálvez habían sabido darles su merecido a Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, tras haber superado algunos momentos difíciles.

Su reacción había sido formidable, y los espectadores, que en el fondo estaban deseando que «la pareja invencible» metiera en cintura al japonés y al argelino, porque estos necesitaban una buena lección, se entregaron de lleno a Bruno y Oscar y les habían aplaudido a rabiar, jaleando cada una de sus acciones.

Había sido una exhibición, pocas veces presenciada en el Royal Club, y los aficionados se hallaban realmente entusiasmados. Todos, absolutamente todos, estaban deseando ver nuevamente en acción a los magníficos Bruno Vitali y Oscar Gálvez, bien en un combate de revancha con Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, si es que estos se atrevían a pedirla, o bien contra otra pareja de luchadores contratada por Jacob Barnes.

El organizador de las veladas ya estaba pensando en ello, naturalmente. Se hallaba tan satisfecho como el que más por la actuación de «la pareja invencible», y quería contratarlos de nuevo.

Bruno y Oscar ya habían descendido del *ring* y caminaban hacia los vestuarios, aplaudidos y vitoreados por el público. Jacob Barnes iba tras ellos, saludando también a los aficionados, como dándoles a entender que «la pareja invencible» volvería a actuar en el Royal Club.

El organizador de los combates era un hombre de mediana edad, estatura corriente, metido en carnes, con las mejillas coloradas y no demasiado pelo en su redonda cabeza.

Bruno y Oscar entraron en su vestuario, seguidos de Jacob Barnes, quien se apresuró a cerrar la puerta, para que nadie los molestara mientras hablaban.

—¡Bravo, muchachos! ¡Habéis estado sensacionales! —aseguró, palmeándoles la espalda a los dos.

—Gracias, señor Barnes —sonrió Bruno.

—¡Habéis hecho honor a vuestra fama de invencibles! ¡Vaya si lo habéis hecho!

—Siempre lo procuramos, señor Barnes —dijo Oscar.

—¡«La fiera amarilla» y «el tigre argelino» forman una pareja de mucho cuidado, pero les habéis dado sopas con ondas a los dos! ¡Qué manera de sacudir la vuestra, muchachos!

Bruno y Oscar rieron.

—Celebramos mucho que nuestra actuación le haya convencido, señor Barnes —dijo el italiano.

—¡Me ha convencido a mí, y ha convencido a los espectadores que casi llenaban el Royal Club! ¡Todos esperaban la victoria de Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, pero porque no os habían visto luchar a vosotros! ¡En el próximo combate, seréis vosotros los favoritos!

—¿Nos va a contratar de nuevo, señor Barnes? —preguntó Oscar.

—¡Naturalmente!

Bruno emitió un ligero carraspeo.

—Tendrá que mejorar un poco las condiciones, señor Barnes.

Jacob rio.

—¡Oh, no os preocupéis por eso, muchachos! Soy un hombre justo, y cuando un luchador me demuestra que merece ganar más, por su bravura y por su calidad, yo le pago más.

—Entonces, no habrá ningún problema, señor Barnes —repuso

el italiano.

—¡Seguro que no! Os espero por la mañana en mi despacho, a las once en punto.

—No faltaremos —respondió Oscar.

—¡Ya os podéis considerar contratados, muchachos! —dijo Jacob Barnes, y abandonó el vestuario.

* * *

Estaban llamando a la puerta del vestuario, pero Bruno Vitali y Oscar Gálvez no se enteraban, porque el ruido de las duchas ahogaba cualquier otro sonido.

De pronto, la puerta se abrió y una cabeza asomó por el hueco.

Se trataba de una muchacha rubia, con los ojos azules, ligeramente rasgados, y los labios sonrosados, carnosos y brillantes, sumamente apetecibles.

Al no ver a nadie, la chica abrió un poco más la puerta y penetró en el vestuario. Aparentaba unos veinticinco años, y vestía un pantalón blanco, muy ceñido.

Estaba estupenda de formas, eso saltaba a la vista.

La chica, que llevaba un bolso marrón colgado al hombro, cerró suavemente la puerta del vestuario y caminó hacia las duchas, cuyo rumor percibía claramente.

Los preciosos labios de la atrevida muchacha se distendieron en pícara sonrisa, porque ya estaba pensando en lo que iba a ver cuando se asomase a la puerta de las duchas, que permanecía entreabierta.

La empujó ligeramente, asomó su rubia cabeza, y encontró lo que esperaba ver, a los dos luchadores victoriosos bajo las duchas, completamente desnudos, dejando correr el agua por sus musculosos cuerpos.

Oscar Gálvez le daba la espalda, pero Bruno Vitali se hallaba de frente, aunque por el momento tampoco descubrió a la chica, ya que tenía la cabeza levantada y los ojos cerrados, recibiendo el agua de la ducha en plena cara.

La joven posó un instante su mirada en la parte inferior del cuerpo del luchador italiano, y no pudo evitar un significativo cosquilleo en la sangre al contemplar sus atributos masculinos.

—También debe ser todo un campeón en la cama… —murmuró, impresionada.

Justo en aquel momento, Bruno bajó la cabeza y abrió los ojos.

Vio a la chica, claro.

El luchador quedó paralizado por la sorpresa.

La muchacha, al verse descubierta, fingió sorprenderse a su vez y se llevó la mano a los labios, el tiempo que exclamaba:

—¡Oh, perdón!

Inmediatamente después, retiró su cabeza del hueco de la puerta, como si le escandalizara la total desnudez de la pareja de luchadores de *catch*, lo cual no era cierto, claro.

Bruno reaccionó y cerró la llave de su ducha.

—¡Eh, Oscar! —exclamó, tocando el hombro de su compañero.

El luchador argentino se dio la vuelta.

—¿Qué pasa, Bruno?

—No te lo vas a creer, pero acabo de ver una rubia.

—¿Dónde? —respingó Gálvez.

—La tenemos en el vestuario.

—Estás de broma, ¿no?

—Sabía que no me ibas a creer, pero te juro que es cierto. Asomó la cabeza, nos vio desnudos, y se retiró enseguida, exclamando algo.

—Te vio de frente y se asustó, ¿eh?

—Es posible.

—Pues si me llega a ver a mí…

Bruno rio.

—No presumas, Oscar, que me ganas en estatura y en peso, pero no en «eso» —dijo, saliendo de debajo de la ducha.

El argentino rio también y cerró la llave de su ducha.

Bruno ya se estaba enrollando una toalla a la cintura.

Oscar salió de debajo de la ducha e imitó a su compañero.

—Veamos si la rubia sigue en el vestuario —dijo Bruno, caminando hacia la puerta.

—Cuando la vea lo creeré —repuso el argentino.

Bruno salió del cuarto de las duchas, seguido de Oscar.

La chica, efectivamente, continuaba en el vestuario.

El luchador argentino dio un respingo.

—¡Atiza, era cierto! —exclamó.

—¿No te lo dije, compañero? —sonrió Bruno.

La muchacha rubia, simulando hallarse azorada, dijo:

—Siento mucho lo que ha pasado, de veras. Llamé un par de veces a la puerta del vestuario, pero como nadie me abría, me atreví a entrar. Vi esa otra puerta entreabierta, me asomé, y... Les ruego que me disculpen, no era mi intención...

Bruno fue hacia ella, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Doris Farlow y soy periodista.

—¿Periodista...? —respingó Bruno.

—Sí, trabajo para El Noticiero de San Francisco.

—Vaya sorpresa.

—Presencié los combates de esta noche. Me encantó su forma de luchar y la de Oscar, y decidí hacerles una entrevista.

—Conque una entrevista, ¿eh?

—Sí, a eso vine —asintió Doris Farlow—. No en este momento, claro, porque sé que se sienten cansados y están deseando irse a dormir. Pero puedo acudir por la mañana al hotel en donde se alojan, a la hora que ustedes me digan.

—¿Piensas insertar alguna foto nuestra, Doris? —preguntó Oscar.

—Naturalmente.

—¿Con slip o sin él?

—¿Qué?

Bruno carraspeó.

—No hagas caso, Doris. Le dije a Oscar que nos habías sorprendido desnudos bajo las duchas, y se ha permitido gastarte una broma.

—Apenas vi nada, porque me retiré enseguida —mintió la periodista, simulando de nuevo turbación.

—No tiene la menor importancia, preciosa.

—Siempre que no lo menciones en tu periódico, claro —añadió Oscar.

—¡Por supuesto que no lo mencionaré! —exclamó Doris.

Bruno y Oscar se echaron a reír.

—Era otra broma, Doris —dijo el italiano.

—¿De veras?

—Sí, no hablaba en serio —confesó el argentino.

—Es usted un tipo muy bromista, Oscar —sonrió la periodista.

—Los dos lo somos. Formamos una pareja muy divertida, ¿no es cierto, Bruno?

—Desde luego —asintió Vitali.

—Me gustan los hombres que tienen sentido del humor —dijo Doris.

—Ya nosotros las periodistas rubias —repuso Gálvez, que también se había acercado a la muchacha, por lo que no tuvo más que alargar el brazo para rodear la cintura femenina.

—¿Qué hace? —exclamó Doris.

—Me apetece bailar un tango contigo, preciosa.

—¿Sin música?

—Busca un acordeón, Bruno.

El luchador italiano no se movió, claro, limitándose a reír la nueva broma de su compañero.

—A ver si se te cae la toalla, Oscar —advirtió.

—Eso digo yo —habló Doris.

Ahora fue el luchador argentino quien rio.

—Ya nos has visto a los dos en cueros, ¿no? —recordó.

—Sí, pero no es lo mismo ver a un hombre desnudo bajo la ducha, que bailar un tango con él —repuso la periodista—. Me pondría muy nerviosa.

Bruno cogió del brazo a su compañero.

—Anda, Oscar, suéltala ya.

Gálvez retiró su musculoso brazo de la delgada cintura femenina.

—Me debes un tango, rubia.

—Se lo pagaré cuando vaya vestido.

—De acuerdo.

Rieron los tres alegremente.

Después, Bruno le dijo a Doris en qué hotel se alojaban, y quedaron en verse a las diez.

La periodista les dio las gracias a los dos luchadores, se despidió de ellos, y abandonó el vestuario.

CAPÍTULO V

Faltaban todavía veinte minutos para las diez, cuando sonó el timbre de la habitación que ocupaban Bruno Vitali y Oscar Gálvez.

El luchador italiano consultó el reloj y dijo:

—La periodista se ha adelantado, Oscar.

—Sí, casi nos pilla en la cama —respondió el argentino, que se estaba enfundando los pantalones.

Ambos luchadores estaban aún con el torso desnudo.

Bruno cogió su camisa y se la puso con rapidez, diciendo:

—Yo abriré, Oscar.

—Bien. Y dile a la chica que salgo enseguida.

—No te preocupes —sonrió Vitali, saliendo del dormitorio.

En la estancia contigua se veía un sofá, dos sillones, y una mesa ratona, con un artístico cenicero descansando en ella.

No era un mal hotel, desde luego.

Bruno alcanzó la puerta y abrió, exhibiendo su mejor sonrisa.

No sirvió de nada, porque no era Doris Farlow quien había hecho sonar el timbre.

El luchador italiano observó a los tres hombres que aguardaban en el corredor. El del centro vestía impecablemente y fumaba un largo cigarro, de la mejor calidad. Los tipos que le flanqueaban, tenían aspecto de matones.

Bruno ya no sonreía.

Se había llevado una desilusión al ver que no era la atractiva periodista de El Noticiero de San Francisco.

El sujeto elegante expulsó una bocanada de humo y dejó oír su engolada voz:

—Buenos días, Bruno.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el luchador.

—Mi nombre es Milton Dorsey. Y estos son Hatch y Gruder. Ambos están a mi servicio.

Bruno se fijó de nuevo en la pareja de matones.

Hatch llevaba bigote, y Gruder tenía la nariz tan torcida que parecía que se estaba olisqueando la oreja zurda. Ninguno de los

dos habló, limitándose a sonreír.

Tenían la sonrisa fría, desagradable, y el luchador italiano ya no tenía la menor duda de que se trataba de dos sujetos peligrosos, sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa.

—¿Podemos pasar, Bruno? —preguntó el tipo elegante.

Vitali volvió a posar su mirada en él.

—¿Qué es lo que desea, señor Dorsey?

—Hablar contigo y con Oscar.

—¿De qué?

—De negocios.

—¿Negocios?

—Estuvimos anoche en el Royal Club, presenciando los combates, y me entusiasmó vuestra forma de luchar. Les propinasteis una buena zurra a Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi. Y eso que el japonés y el argelino no son moco de pavo, precisamente.

—Muy amable, señor Dorsey, pero...

Justo en ese momento, salió Oscar Gálvez del dormitorio.

Se había puesto una camiseta de algodón, amarilla, con un dragón alado dibujado en el pecho.

—¿Dónde está la periodista, Bruno? —preguntó.

—No era ella, Oscar.

—Vaya.

Milton Dorsey saludó con la mano al luchador argentino.

—Buenos días, Oscar.

Gálvez los escrutó a los tres.

—¿Los conocemos, Bruno...?

—No. Pero ellos a nosotros, sí. Estuvieron anoche en el Royal Club.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Hablar de negocios, Oscar —respondió Milton Dorsey, anticipándose a Bruno Vitali.

—El caso es que estamos esperando una visita, señor Dorsey — dijo el italiano.

—¿La periodista?

—Sí, quedamos con ella a las diez.

—Procuraré ser breve, muchachos —prometió Milton.

—Está bien, pasen —accedió Bruno.

—Gracias.

Milton Dorsey entró en la habitación, seguido de Hatch y Gruder, sus fíeles guardaespaldas.

Bruno cerró la puerta e indicó:

—Siéntense, si lo desean.

Milton se sentó en el sofá, y sus matones lo flanquearon, dejando libres los sillones, por si querían ocuparlos los luchadores, pero Bruno y Oscar permanecieron en pie.

—Puede hablar, señor Dorsey —dijo el italiano.

Milton acercó su cigarro al artístico cenicero e hizo caer la ceniza en él, al tiempo que decía:

—He venido a contrataros, muchachos.

Bruno y Oscar cambiaron una mirada.

—¿Contratarnos, señor Dorsey...? —dijo el italiano.

—Sí, por todo un año.

—¡Por un año! —exclamó el argentino, respingando.

—Y en las mejores condiciones, Oscar —aseguró Milton, sonriendo.

Los luchadores intercambiaron otra mirada.

Después, Bruno dijo:

—Ya estamos contratados, señor Dorsey.

—¿Qué?

—A Jacob Barnes también le entusiasmó nuestra forma de luchar, y anoche mismo, en el propio vestuario, nos ofreció un contrato muy interesante.

—Comparado con el que pienso ofreceros yo, será un contrato mísero.

—Tal vez, pero...

—¿Habéis firmado ya con Jacob Barnes, Bruno? —le interrumpió Milton.

—No, lo haremos esta mañana. Nos citó a las once, en su despacho.

Milton Dorsey, que se había puesto serio, volvió a mostrarse risueño.

—Si todavía no habéis estampado vuestras firmas, la cosa tiene fácil arreglo, muchachos.

Bruno Vitali movió la cabeza.

—No lo creo, señor Dorsey. Aceptamos verbalmente el contrato

que nos ofreció Jacob Barnes, y no sería correcto volverse atrás.

—¡Las palabras se las lleva el viento, muchachos! —rio Milton.

—Las nuestras, no, señor Dorsey.

Milton se puso serio de nuevo.

—Eso es una tontería, Bruno.

—Quizá a usted se lo parezca, señor Dorsey, pero no lo es para nosotros. Cuando nos comprometemos con alguien, aunque solo sea verbalmente, hacemos honor al compromiso. ¿No es cierto, Oscar?

El luchador argentino que no entendió muy bien por qué su compañero rechazó la tentadora oferta que les hacía Milton, murmuró:

—Desde luego.

—Ya lo ha oído, señor Dorsey —sonrió ligeramente Bruno.

Milton sacudió la cabeza, visiblemente contrariado.

—Estáis rechazando la oportunidad de vuestra vida, muchachos. Jamás se os presentará otra igual. Con Jacob Barnes, solo podréis luchar en el Royal Club. No saldréis de San Francisco. Yo, en cambio, os proporcionaría combates en Los Ángeles, en Sacramento, en Chicago, en Nueva York, en Boston, en Miami, en Las Vegas... Recorreríais el país entero, y ganaríais dinero suficiente en un año como para retiraros de los cuadriláteros y vivir como sultanes el resto de vuestras vidas.

Los ojos de Oscar Gálvez brillaban.

Las palabras de Milton Dorsey le estaban tentando, no cabía la menor duda. En Bruno Vitali, en cambio, no hicieron mella alguna, y lo demostró diciendo:

—A Oscar y a mí no nos gustaría retirarnos de los cuadriláteros dentro de un año, señor Dorsey. Todavía somos jóvenes, y nos encanta la lucha libre. Disfrutamos sobre el *ring*. Nos divertimos de verdad. Si dejáramos de luchar, nos aburriríamos como ostras.

Milton Dorsey se puso en pie con brusquedad, siendo rápidamente imitado por Hatch y Gruder.

—Está bien, no voy a insistir. Lo que sí voy a hacer, es dejaros mi tarjeta, por si cambiáis de parecer.

—No se moleste, señor Dorsey. Nuestra respuesta es definitiva —dijo Bruno.

Milton, que ya se había llevado la mano al bolsillo interior de su chaqueta, la retiró bruscamente.

—Os creía más inteligentes, muchachos.

—Lo sentimos, señor Dorsey.

—Es posible que muy pronto os arrepintáis de haber rechazado mi oferta.

—No lo creo, señor Dorsey.

Justo en este instante, llamaron a la puerta.

—Debe ser la periodista —adivinó Bruno, y abrió.

Efectivamente, era Doris Farlow.

—Buenos días, Bruno —saludó la muchacha con una preciosa sonrisa.

—Adelante, Doris.

La periodista entró en la habitación, pero se quedó parada al descubrir que los luchadores no estaban solos.

—Oh, no sabía que... —murmuró.

—Estos caballeros ya se iban, Doris —dijo Bruno.

—Sí, nos marchamos —rezongó Milton—. Pero estoy seguro de que nos volveremos a ver, muchachos.

—Es posible, señor Dorsey. Solo tiene que acudir al Royal Club, cuando Jacob Barnes organice una nueva velada de *catch*. Oscar y yo formaremos parte de ella.

Las palabras del luchador italiano enfurecieron aún más a Milton Dorsey, quien masculló algo ininteligible y salió rápidamente de la habitación, seguido de Hatch y Gruder, sus perros guardianes.

CAPÍTULO VI

Como no se molestaron en cerrar la puerta, tuvo que hacerlo Bruno Vitali, quien luego se volvió hacia la periodista de El Noticiero de San Francisco y dijo:

—Ya estamos solos, Doris.

La muchacha, con gesto preocupado, preguntó:

—¿Qué quería Milton Dorsey?

—Contratarnos —respondió Bruno.

—Lo suponía.

—¿Lo conoces, Doris?

—Sí, he oído hablar de él. Y no muy bien, por cierto.

—Es un mal tipo, ¿verdad?

—Pura basura.

—Lo adiviné en cuanto les abrí la puerta.

Oscar Gálvez, silencioso hasta entonces, preguntó:

—¿Por eso rechazaste su oferta, Bruno?

—Sí —respondió el italiano—. Era muy tentadora, pero sabía que no nos convenía.

—Y tan tentadora como era —rezongó el argentino.

—¿Qué clase de oferta os hizo, Bruno? —preguntó Doris Farlow.

Vitali se lo explicó.

—Menos mal que no aceptasteis —dijo la periodista—. Os hubiera llevado a las mejores ciudades del país, eso es cierto, pero os habría obligado a perder la mitad de los combates, aproximadamente.

—¿Qué...? —exclamó Oscar.

—¿Cómo lo sabes, Doris? —preguntó Bruno.

—Milton Dorsey se ha hecho rico así, apostando fuerte a los luchadores que se supone van a perder el combate. Pero él sabe de antemano que van a ganar, porque los luchadores favoritos han recibido la orden de dejarse ganar. Vosotros, por ejemplo, seríais favoritos en un combate de revancha con Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi. El público, después de lo de anoche, apostaría por vosotros sin dudar. Pero, si hubierais firmado contrato con Milton

Dorsey, él apostaría fuerte por la victoria del japonés y el argelino y os ordenaría que os dejarais vencer por ellos. Y esa sucia artimaña la hubiera repetido en Los Ángeles, en Las Vegas, en Miami, en Nueva York, en Boston, en Chicago, y en todas las ciudades importantes en donde lucharais. En el primer combate, venceríais vosotros, realizando una exhibición similar a la de anoche, para que el público os considerara favoritos en el siguiente combate y apostara por vosotros. Pero ese segundo combate lo perderíais por orden de Milton Dorsey, que se embolsaría una importante suma de dinero apostando por vuestros rivales. Es su sistema.

—¿Lo has oído, Oscar? —dijo Bruno.

El luchador argentino soltó un gruñido.

—Menudo pájaro el tal Dorsey —masculló.

—Pura basura, ya lo dijo Doris.

—Claro que a nosotros no hubiera podido obligarnos a dejarnos derrotar por nadie.

—Te equivocas, Oscar —habló de nuevo la periodista—. Milton Dorsey cuenta con los recursos necesarios para convencer a los luchadores. Primero les ofrece una tentadora suma de dinero por prestarse al sucio juego y, si eso falla, intervienen Hatch y Gruder, sus matones, que conocen como nadie su oficio.

—Son dos bichos, ¿eh? —dijo Bruno.

—De la peor especie —asintió Doris.

—Lo llevan escrito en sus caras.

—Nosotros se las hubiéramos roto, si hubiesen intentado convencernos por la fuerza de que teníamos que dejarnos derrotar en determinados combates —aseguró el luchador argentino.

—Son muy peligrosos, Oscar, te lo repito —dijo la periodista—. Cobardes, traicioneros, malvados… Siempre actúan con ventaja, y así es muy difícil defenderse de ellos.

El luchador levantó uno de sus enormes puños y masculló:

—Con nosotros no hubieran podido, te lo aseguro.

—Mejor que nos olvidemos de Milton Dorsey y de sus matones, Oscar —dijo Bruno.

—Sí, tienes razón —rezongó Gálvez, y bajó el puño.

—Falta saber si ellos se olvidarán de vosotros —dijo Doris.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vitali.

—Pues, que por la cara que tenía Milton Dorsey cuando se

marchó, y por las últimas palabras que le oí pronunciar, no me parece que vaya a conformarse con vuestra negativa. Intentará convenceros a su mañera. Es decir, utilizando a Hatch y Gruder.

Oscar levantó de nuevo el puño.

—¡Como los lance contra nosotros, les haremos picadillo!

Bruno sonrió.

—Cálmate, Oscar. No es seguro que Milton Dorsey vaya a enviar a sus matones contra nosotros. Y, si lo hace, no será tan pronto, así que baja el puño o te cansarás de tenerlo en alto.

—Bruno tiene razón, Oscar —dijo Doris, sonriendo también—. Y ya que hablamos de cansancio, ¿qué tal os habéis levantado esta mañana, muchachos?

—¡Fenomenal! —aseguró el luchador argentino.

—¿Os habéis recuperado totalmente de los golpes que os propinaron esos sucios de Tatsuo y Lakhdar?

—¡Ni me acuerdo de ellos, preciosa!

—¿Tú tampoco, Bruno?

—Solo de uno —carraspeó el italiano.

—El rodillazo que te dio el japonés entre los muslos, ¿no?

—Exacto.

—¿Todavía sientes dolor?

—Sí, aunque bastante menos que anoche.

—Fue el golpe de un cobarde.

—Efectivamente, pero Oscar y yo ya estamos acostumbrados.

—Es verdad —asintió el argentino—. Por desgracia, son pocos los luchadores de *catch* que actúan con nobleza y deportividad. La mayoría recurren a todo con tal de ganar el combate, y Sonoda y Malloumi no fueron una excepción.

—¿Os dijo Jacob Barnes si habrá combate de revancha? —preguntó la periodista.

—No, no lo mencionó —respondió Bruno—. Tenemos que estar a las once en su despacho, para firmar el nuevo contrato. Entonces lo sabremos.

—Apuesto a que el japonés y el argelino no se atreven a luchar de nuevo con vosotros.

—Pues que nos enfrente a otros —dijo Oscar—. A nosotros nos da igual, porque estamos capacitados para ganar a cualquier pareja.

Bruno tosió.

—No seas tan modesto, Oscar.

—¡Si es la verdad! ¿Por qué, si no, nos llamamos «la pareja invencible»?

Doris rio.

—Oscar tiene razón, Bruno.

—Lo sé, pero no me gusta que presuma.

La periodista miró su reloj.

—Si tenéis que estar a las once en el despacho de Jacob Barnes, no queda apenas tiempo para haceros la entrevista. ¿Por qué no nos vemos después? —sugirió.

—Podemos almorzar juntos, Doris —propuso Bruno.

—Me gusta la idea —sonrió la muchacha.

—Y a mí me gustas tú —dijo Gálvez, abarcándola por la cintura con un rápido movimiento.

La periodista se encontró pegada al musculoso cuerpo del luchador argentino.

—¡Oscar! —exclamó.

—Quiero bailar un tango contigo, Doris.

—¡Ya estamos otra vez!

—Me lo debes, recuérdalo.

—Sí, pero...

—Dijiste que me lo pagarías cuando fuera vestido. Y vestido estoy.

—Iremos esta noche a una discoteca, ¿de acuerdo?

—En las discotecas no ponen tangos.

—Pues bailaremos otra cosa.

—Yo no quiero bailar otra cosa, quiero bailar un tango.

—¡Vaya perra que has cogido con el tango!

Bruno, que no podía contener la risa, dijo:

—No olvides que Oscar es argentino, Doris.

—¡Viva Carlos Gardel! —exclamó Gálvez.

—¿Lo ves? —rio de nuevo Bruno.

Oscar empujó a la periodista.

—¡Mueve ese cuerpo serrano, preciosa!

—¡No sé bailar el tango! —confesó Doris.

—¿Será posible...?

—¡Yo no soy argentina, Oscar!

—¡Yo te enseñaré, no te preocupes!

—¡Sin música es imposible seguir el compás! ¡Jamás aprenderé!

—¡Bruno cantará!

—¡Yo soy italiano, Oscar! —recordó Vitali—. ¡Solo sé canciones napolitanas!

—¡Estas son las que me gustan a mí! —exclamó Doris.

—¿De veras?

—¡Me encantan, Bruno!

El luchador italiano rescató a la periodista de entre los brazos de su compañero, diciendo:

—¡Doris debe bailar conmigo, Oscar!

—¡Eso no es justo, Bruno! —protestó Gálvez.

—¡Prefiere la música italiana a la argentina, ya lo has oído!

—¡Canta, Bruno, canta! —pidió Doris.

Vitali, que ya la tenía en sus brazos, se lanzó:

—*Ciao, ciao, bam… bina…*!

—¡Bravo, bravo! —exclamó la periodista, riendo divertida.

Bruno la estrechó más contra sí y siguió cantándole, ahora al oído, que en un momento determinado se atrevió a mordisquear sabiamente.

Doris dejó escapar un dulce gemido de placer.

—Bruno, Bruno… —musitó.

Oscar, que no quería que Bruno y Doris le pusieran los dientes largos, barbotó:

—¡Son más de las diez y media, y vamos a llegar tarde al despacho de Jacob Barnes!

CAPÍTULO VII

En su coche, un Lancia color crema, Doris Farlow llevó a Bruno Vitali y Oscar Gálvez al despacho de Jacob Barnes.

—Aquí abajo os espero, muchachos —dijo la periodista, estacionando su automóvil frente al edificio en el cual tenía su oficina el organizador de las veladas de lucha libre.

—No tardaremos, Doris —prometió el luchador italiano, y le dio un beso en los labios.

Gálvez emitió un gruñido.

—¿Por qué la has besado?

—Porque me apetecía —respondió Bruno, sonriendo.

—Y tú no dices nada, ¿eh, Doris?

—¿Qué quieres que diga, Oscar? —sonrió también la periodista.

—Si no te importa que te bese Bruno, tampoco debe importarte que te bese yo —rezongó el luchador argentino, y pasó la cabeza por encima del asiento delantero, buscando los labios de la muchacha.

Doris permitió que Oscar la besara.

Después dijo:

—Sois un par de carotas, ¿no lo sabíais?

—¡Nos lo han dicho cientos de veces! —exclamó Gálvez, riendo, y salió del Lancia.

Vitali, que ocupaba el asiento delantero, junto a la periodista, pellizcó suavemente la barbilla de Doris y dijo:

—No te largues, ¿eh, preciosa?

—No temas.

—Bien.

Bruno descendió del coche y él y Oscar subieron al despacho de Jacob Barnes. Les abrió Caroline, la secretaria, una pelirroja de unos veintitrés años, ojos verdosos, boca sensual, busto generoso y caderas con sugerentes oscilaciones.

—¡«La pareja invencible»! —exclamó la chica, con amplia sonrisa.

A pesar de que no era la primera vez que la veían, ambos

luchadores la examinaron de pies a cabeza, porque la secretaria de Jacob Barnes tenía más curvas que un sacacorchos.

Y todas se hallaban bien marcadas por la ceñida falda, que disponía de una descarada abertura frontal, y la no menos ajustada blusa de tirantes, con escote cuadrado, que mostraba generoso buena parte de sus soberbias tetas.

—Contigo me gustaría luchar a mí —murmuró Oscar.

—¡Me haría pedazos! —dijo Caroline, riendo.

—Ya se las arreglaría él para conservarte entera —habló Bruno.

—Desde luego —asintió el luchador argentino.

La atractiva secretaria rio de nuevo e indicó:

—Pasen, muchachos. El señor Barnes les está esperando.

Bruno y Oscar cruzaron la oficina y penetraron en el despacho de Jacob Barnes, al que hallaron sentado en su sillón, al otro lado de la mesa.

—¡Adelante, campeones! —exclamó Jacob, poniéndose en pie.

—Buenos días, señor Barnes —saludó Bruno.

—Nos dijo a las once, y aquí estamos —añadió Oscar.

—Sois dos tipos de palabra, no hay duda. Vamos, tomad asiento, muchachos —rogó Barnes.

Bruno y Oscar ocuparon los sillones que había frente a la mesa del organizador de las veladas de *catch*. Jacob Barnes volvió a sentarse en su sillón y dijo:

—Tengo ya preparado vuestro nuevo contrato. Y he mejorado las condiciones, tal y como os prometí. Tomad, echad un vistazo.

Bruno tomó el contrato que les ofrecía Jacob.

Lo leyó en un minuto y se lo pasó a Oscar, al tiempo que decía:

—Me parece justo, señor Barnes.

—Me alegro.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Oscar.

—Entonces, podéis firmarlo.

Ambos luchadores estamparon su firma al pie del contrato.

Bruno se lo devolvió a Jacob, preguntando:

—¿Sabe ya a quiénes hemos de enfrentarnos, señor Barnes?

—Tenía pensado un combate de revancha con Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi, pero ni el japonés ni el argelino quieren verse nuevamente las caras con vosotros.

—Nos tienen miedo, ¿eh? —sonrió Oscar.

—Pánico, más bien.

—¿Han rechazado su proposición, señor Barnes? —preguntó Bruno.

—Sí, pero no importa. Voy a contratar a Pancho Lamata, «el puma mexicano», y a Fred Wharton, «la roca tejana». Ya me he puesto en contacto con ellos, y ambos están de acuerdo. Serán vuestros rivales en la próxima velada.

—¿Son buenos? —preguntó el italiano.

—Magníficos —aseguró Barnes—. El mexicano es terriblemente ágil, y el tejano aguanta los más duros golpes. Es una roca auténtica.

Oscar sonrió.

—¿Quiere asustarnos, señor Barnes...?

Jacob rio.

—Nada de eso, muchachos. Después de vuestra exhibición de anoche, no dudo de que venceréis también a Pancho Lamata y Fred Wharton. Sois los favoritos, pero no debéis confiaros lo más mínimo, porque «el puma mexicano», y «la roca tejana» podrían poneros en apuros.

—No se preocupe, señor Barnes. Oscar y yo nunca nos confiamos —respondió Bruno.

—Como debe ser —dijo Jacob.

—¿Sabe quién vino a vernos al hotel esta mañana, señor Barnes? —habló Oscar.

—No.

—Díselo tú, Bruno.

El luchador italiano, tras unos segundos de vacilación, respondió:

—Doris Farlow, una guapa periodista de El Noticiero de San Francisco. Quiere hacernos una entrevista.

—¡Hombre! eso está bien.

Oscar Gálvez sacudió la cabeza.

—Yo no me refería a Doris, Bruno, sino a...

Vitali disparó la pierna con disimulo y golpeó la espinilla de su compañero.

El luchador argentino ahogó un grito de dolor y se agarró la pierna.

—¿Decías, Oscar...? —carraspeó Bruno.

Gálvez comprendió que Vitali no quería que hablara de Milton Dorsey y sus matones, así que emitió un gruñido y rezongó:

—Nada, olvídalo.

Bruno se puso en pie.

—Tenemos que marcharnos, señor Barnes. La periodista nos espera, para hacernos la entrevista.

—Entiendo —sonrió Jacob, levantándose también.

—En pie, Oscar —apremió Bruno, al ver que su compañero seguía sentado.

—Ya voy, maldita sea —gruñó su compañero, que todavía se agarraba la pierna.

Jacob Barnes los acompañó a los dos hasta la puerta, que él mismo abrió.

—Hasta la vista, muchachos.

—Adiós, señor Barnes —respondió Bruno, y él y Oscar salieron del despacho.

—Ábreles la puerta, Caroline —indicó Jacob.

—Sí, señor Barnes.

La secretaria, que ya se había puesto en pie, trotó hacia la puerta de la oficina.

Jacob Barnes se despidió de nuevo de ambos luchadores, esta vez con el gesto, y cerró la puerta de su despacho.

Bruno y Oscar caminaron hacia la salida de la oficina.

De pronto, el italiano preguntó:

—¿Tienes novio, Caroline?

—No.

—¿Sabes bailar el tango?

—Me temo que no.

—¿Te gustaría aprender?

—Claro.

—Oscar te enseñará.

—¿De veras?

—Dale la primera lección, Oscar.

—No puedo, me has dejado cojo —masculló el argentino.

Bruno rio.

—¡Si fue una patadita de nada, quejica!

—Fue un duro y certero punterazo.

—Está bien, ya le darás la primera lección a Caroline esta noche.

Vamos, invítala a cenar. Yo invitaré a Doris.

—No es mala idea —murmuró Gálvez.

—¡Acepto encantada! —exclamó la secretaria de Jacob Barnes, sin esperar a que el luchador argentino la invitara.

* * *

Bruno Vitali y Oscar Gálvez estaban descendiendo ya la escalera.

—¿Por qué le ocultaste a Jacob Barnes que Milton Dorsey y sus matones nos visitaron, Bruno? —preguntó el argentino.

—No quise preocuparle.

—No sé si hiciste bien.

—Es mejor que Barnes no lo sepa, Oscar.

—Supón que Dorsey intenta algo.

—Si lo hace, lo lamentará.

—Desde luego, pero...

—Olvídate de Dorsey, ¿quieres? En lo único que debemos pensar, es en lo bien que lo vamos a pasar esta noche con Doris y Caroline.

Gálvez, sonrió.

—Sí, creo que nos vamos a divertir mucho.

Llegaron abajo y salieron a la calle.

El Lancia de Doris Farlow seguía estacionado frente al edificio, pero ahora estaba vacío.

La periodista había desaparecido.

Y no por su gusto, según demostraba la tarjeta de visita que Bruno y Oscar encontraron sobre el asiento delantero.

Era la tarjeta de Milton Dorsey.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué significa esto, Bruno? —exclamó Oscar Gálvez.

Bruno Vitali sintió deseos de estrujar la tarjeta hasta deshacerla entre sus dedos, pero se contuvo, porque la necesitaba entera.

—Está muy claro, Oscar —respondió, con voz ligeramente enronquecida—. Hatch y Gruder, siguiendo las instrucciones de Milton Dorsey, se han llevado a Doris Farlow.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Y por qué a ella, Bruno?

—Tampoco lo sé. Pero lo averiguaremos, Oscar.

—¿Cómo?

—Acudiendo a la dirección que hay en esta tarjeta.

—¿Vamos a ir a la casa de Milton Dorsey?

—A su casa... o a lo que sea.

—Creo que eso es lo que él quiere, Bruno.

—Claro. Por eso dejó su tarjeta en el asiento, para que supiéramos que la desaparición de la periodista es cosa suya.

—Podemos acudir a la policía.

Vitali movió la cabeza.

—No creo que eso le convenga a Doris, Oscar. Hatch y Gruder la tienen en su poder, y no sabemos lo que ese par de ratas son capaces de hacer con ella si no actuamos como Milton Dorsey espera.

—Descartado lo de la policía, entonces.

—Por el momento, sí.

—Bien, acudamos a la dirección que indica la tarjeta y hablemos con ese gusano de Dorsey.

—Si sus matones le han hecho algún daño a Doris, o han abusado de ella, haremos algo más que hablar, Oscar.

—Desde luego —respondió el argentino, levantando el puño—. Si esos canallas le han puesto la mano encima a la periodista, lo vamos a convertir en pasta para albóndigas.

—Subamos al coche, Oscar. No hay que perder más tiempo.

—Tienes razón.

Bruno se sentó al volante, y su compañero se instaló a su lado.

El luchador italiano puso el motor en marcha y el Lancia de Doris Farlow arrancó, ganando rápidamente velocidad.

* * *

La dirección que figuraba en la tarjeta de visita de Milton Dorsey, correspondía a una moderna casa de dos plantas, rodeada de verde césped, cuidados setos, y hermosos macizos de flores.

Bruno Vitali detuvo el Lancia frente a ella y dijo:

—Debe ser la casa de Dorsey.

—Menuda casa tiene, el tío —rezongó Oscar Gálvez.

—Doris dijo que se había hecho rico con las apuestas, y a la vista está que no exageró.

—Salgamos, Bruno. Estoy deseando saber dónde y cómo se encuentra la periodista.

—Y yo.

Descendieron los dos del Lancia, caminaron hacia la casa, y Bruno hizo sonar el timbre.

Transcurrió un minuto, antes de que la puerta se abriera y el gigante negro se dejara ver. Gigante, sí, porque era aún más alto que Oscar y no menos musculoso.

Cubría todo el hueco de la puerta con su corpachón.

Bruno lo escrutó de arriba abajo y preguntó:

—¿Quién eres tú, moreno?

—Me llamo Tom, y estoy al servicio del señor Dorsey —respondió el negro, con su voz de contrabajo.

—Suprime lo de señor, porque está de más —dijo Oscar.

—No entiendo.

—Te lo explicaré, Tom. Milton Dorsey es un…

—Espera, Oscar —rogó Bruno, cogiendo el brazo de su compañero—. No hemos venido a hablar con el criado de Dorsey, sino con el propio Milton en persona.

—Solo quería decirle la clase de individuo que es Milton Dorsey —masculló el argentino.

—No te molestes, Tom ya debe saberlo.

—Sí, claro.

—¿Desean ver al señor Dorsey? —preguntó el negro.

—Así es —respondió Bruno.

—¿Sus nombres, por favor?

—No hace falta, Milton nos está esperando.

—Esperen aquí, en el vestíbulo —indicó el gigantón de piel oscura.

—Muy bien.

Bruno y Oscar entraron en la casa, cuya puerta cerró Tom, quien se alejó acto seguido, desapareciendo por la puerta que se veía al fondo del vestíbulo...

—Me hubiera gustado sacudirle al negro —rezongó el luchador argentino.

—No debe ser un rival fácil, Oscar —repuso el italiano.

—Podría con él, no lo dudes.

—¿Quién ha dicho que lo dude? —sonrió Bruno.

Oscar también sonrió.

—¿Tendrán a Doris en esta casa, Bruno?

—No lo sé.

—Dorsey nos lo dirá, por las buenas o por las malas.

—Seguro.

Algunos segundos después, el gigante negro aparecía de nuevo, diciendo:

—El señor Dorsey, les ruega que pasen al salón. Síganme, por favor.

—Con mucho gusto. Vamos, Oscar.

Bruno y Oscar fueron detrás del criado negro, quien, efectivamente, les condujo al espacioso salón. Allí, cómodamente repantigado en el largo sofá, con una pierna sobre la otra, y un recién encendido cigarro puro entre los dedos de su mano izquierda, se hallaba Milton Dorsey.

—Estaba seguro de que nos volveríamos a ver, ya os lo dije. Pero, sinceramente, no esperaba que fuera tan pronto, muchachos —dijo, con cínica sonrisa.

Ambos luchadores fueron hacia él, muy serios.

—No te retires, Tom —indicó Milton—. Estos caballeros querrán seguramente que les sirvas algo de beber.

—Bien, señor Dorsey —respondió el negro, y se quedó junto a la puerta.

—¿Tiene miedo de quedarse a solas con nosotros, señor Dorsey? —preguntó Bruno.

—¿Por qué habría de tenerlo? —repuso Milton, aparentemente tranquilo.

—Sabe de sobra a qué hemos venido.

—Naturalmente que lo sé. Meditasteis mi proposición, la encontrasteis mucho más interesante que la de Jacob Barnes, y cambiasteis de parecer. Ya no queréis firmar con Barnes, sino conmigo.

—Ya hemos firmado con Barnes.

—¿De veras?

—No ponga esa cara de sorpresa, porque sabe que estuvimos en el despacho de Barnes. Y sabe, también, que Doris Farlow, la periodista de El Noticiero de San Francisco, nos llevó en su coche. Y que ella nos estaba esperando abajo, cuando fue secuestrada por sus matones.

—¿Por los matones de quién?

Oscar Gálvez apretó los puños.

—Yo le refrescaré la memoria, Bruno —masculló.

Vitali frenó a su compañero.

—Todavía no, Oscar.

—Se está burlando de nosotros, Bruno.

—Quien ría el último, reirá mejor, no te preocupes —repuso el italiano.

Milton Dorsey le dio una chupada al cigarro, expulsó tranquilamente el humo, y dijo:

—A ver si nos entendemos, muchachos. Decís que esa periodista rubia, Doris no sé qué, ha sido secuestrada por unos matones, ¿no?

—Hatch y Gruder —masculló Bruno—. Y lo hicieron porque usted se lo ordenó.

—¿Qué os hace sospechar que yo...?

—Esto —le interrumpió el luchador italiano, y le arrojó la tarjeta a la cara.

Milton se hizo con ella y la observó.

—Es la tarjeta que os dejé en la habitación del hotel, por si cambiabais de parecer.

—No nos dejó ninguna tarjeta, usted lo sabe. Ni siquiera llegó a sacarla del bolsillo.

—¿Estáis seguros?

—Esa tarjeta la dejaron Hatch y Gruder en el asiento delantero del Lancia de Doris Farlow, antes de llevársela.

—¡Qué tontería! —exclamó Milton, riendo.

Ahora fue Bruno Vitali el que apretó los puños.

—Se nos está acabando la paciencia, Dorsey —advirtió.

Milton miró al gigante negro que tenía a su servicio.

—Tom tampoco tiene mucha —aseguró.

—No creerá que nos asusta la corpulencia de su criado, ¿verdad? —habló Oscar.

—Es un tipo sumamente peligroso, os lo advierto.

—Con él no tengo ni para empezar.

—¿Estás seguro, Oscar?

—¿Quiere apostar algo, Dorsey?

—Cinco mil dólares.

El argentino respingó.

—¿Dijo cinco mil dólares, Dorsey...?

—Sí.

—¡Ya los puede ir preparando! —exclamó Oscar, y fue hacia el gigante negro, dispuesto a vapulearlo.

CAPÍTULO IX

El hercúleo Tom esperó tranquilamente la llegada de Oscar Gálvez.

Bruno Vitali, ligeramente preocupado, rogó:

—Ten cuidado, Oscar.

—Tranquilo, Bruno. No puedo perder una pelea en la que hay en juego nada menos que cinco mil pavos —respondió el luchador argentino, sonriendo.

Milton Dorsey sonrió con ironía.

—¿Temes por la victoria de tu compañero, Bruno?

—En absoluto. Sé que Oscar ganará a Tom.

—Eso me costaría cinco mil dólares.

—Tendrá que pagarlos, Dorsey.

Milton rio.

—Yo siempre apuesto al ganador, Bruno.

—Eso tengo entendido. Pero, en esta ocasión, ha apostado al perdedor.

—Veremos —repuso Milton, y se llevó el cigarro a la boca.

Oscar ya se hallaba frente a Tom, preparándose para atacarle.

El negro, con las manos a la altura del pecho, moviéndolas lentamente, aguardaba el ataque del luchador argentino. Tenía, además, sus robustas piernas ligeramente separadas, y flexionadas.

Esta actitud permitió a Bruno adivinar que el negro era, o había sido, luchador profesional, y su preocupación aumentó. Confiaba en Oscar, naturalmente, pero sospechaba que el gigantesco Tom era un luchador sucio, traidor, de los que recurren a las acciones más censurables con tal de vencer a su rival.

No podía ser un luchador noble, porque entonces no se hallaría a las órdenes de un tipo de la calaña de Milton Dorsey. Y cuando este, que ya había visto pelear a Oscar, apostaría nada menos que cinco mil dólares por la victoria de Tom, era porque confiaba en las posibilidades del negro.

La lucha dio comienzo.

El primero en atacar, naturalmente, fue Oscar, quien trató de

agarrar la cabeza del negro, pero este se movió con rapidez y esquivó las manos del argentino.

El contraataque del peligroso Tom no se hizo esperar, y antes de que Oscar pudiera retirarse, le propinó un feroz golpe en el hígado.

Gálvez se dobló, lanzando un bramido, al tiempo que se llevaba las manos a la zona castigada.

Tom no perdió el tiempo, porque sabía que no le convenía dejar que su rival se recuperara del golpe recibido y tomara de nuevo la iniciativa.

Cercó el cuello del argentino con su brazo derecho, férreamente, y después se lanzó hacia adelante, arrastrando a Oscar, cuya cabeza hizo chocar el astuto negro contra la pared.

Gálvez dio un rugido, porque el impacto había sido muy duro.

—¡Bravo, Tom! —exclamó Milton Dorsey, aplaudiendo la acción del negro—. ¡Repite ese golpe, que me ha gustado mucho!

—Bien, señor Dorsey —sonrió el gigante de ébano, e hizo marcha atrás.

Como seguía aprisionando el cuello de Oscar, este no tuvo más remedio que retroceder también un par de metros.

Bruno apretó los dientes.

—¡Záfate, Oscar!

El argentino lo intentó, pero Tom lo tenía férreamente agarrado y Oscar no pudo escapar de la presa que le había hecho el negro.

Tom volvió a tomar carrera.

Bruno ya veía la cabeza de su compañero estrellándose nuevamente con terrible fuerza contra la pared, lo que sin duda le dejaría ya medio atontado y con escasas posibilidades de librarse de la formidable presa del negro.

Por fortuna, Oscar tuvo la gran idea de agarrar una de las piernas de Tom y le hizo perder el equilibrio, lo que motivó que el negro se estrellara contra la pared antes de que pudiera hacer chocar por segunda vez contra ella la cabeza del luchador argentino.

Lo que chocó contra la pared fue la negra cara de Tom.

El gigante negro aulló, porque casi se la deshizo.

Se partió una ceja, el pómulo, y casi se machaca el tabique nasal.

Por los tres sitios empezó a sangrar, mientras se derrumbaba.

Naturalmente, había soltado el cuello de Oscar.

El argentino se incorporó con prontitud, agarró de las orejas al negro, y lo obligó a ponerse en pie, aunque de espaldas a él. A continuación, Oscar pegó su espalda a la de Tom, agarró a este por la cabeza, y tiró de él con fuerza, al tiempo que se inclinaba hacia adelante.

El negro dio una voltereta de lo más espectacular y se estrelló contra el brillante suelo.

—¡Magnífico, Oscar! —exclamó Bruno Vitali.

Milton Dorsey había arrugado el ceño.

No le gustaba ver al gigantesco Tom rodando por los suelos, con la cara ensangrentada. De ahí que mordiese el puño con rabia.

—¡Arriba, Tom! —ordenó.

El negro se incorporó.

Oscar se apresuró a rodearle el cuello con su brazo, tal y como hiciera Tom con él poco antes, y se lanzó contra la pared, estrellando en ella la cabeza de su rival.

Tom rugió, medio aturdido por el golpe.

Bruno no pudo contener la risa.

—¡Me ha gustado ese golpe, Oscar! ¡Repítelo, en honor del señor Dorsey! —pidió, en tono irónico.

—¡Encantado! —rio también el argentino, y tomó carrera.

Milton escupió un trozo de puro y ladró:

—¡Suéltate, estúpido!

Tom lo intentó, pero el brazo de Oscar apretaba su cuello con demasiada fuerza, y no pudo librarse de él.

Entonces, el negro recurrió a una de las acciones más cobardes y censurables, ya que buscó con su mano los órganos genitales del argentino y los apretó despiadadamente.

Oscar lanzó un tremendo alarido y se desplomó, soltando el cuello del traicionero Tom.

—¡Perro traidor! —rugió Bruno.

Milton Dorsey, más contento, dijo:

—Cada uno se defiende como puede, ¿no?

—¡Yo le daré una lección a ese coyote negro!

—Inténtalo, muchacho, inténtalo —sonrió Milton, y volvió a llevarse el cigarro a la boca.

Tom, que ya se disponía a golpear a placer al poco menos que

indefenso Oscar, se frenó al ver que Bruno venía rápidamente hacia él.

—Tú también quieres sufrir un poco, ¿eh? —dijo.

—¡Veremos quién sufre más! —replicó el luchador italiano, disparando la pierna.

Lo hizo con tanta rapidez, que el gigante negro no tuvo tiempo de apartarse y recibió el punterazo entre los muslos.

Tom aulló como un lobo al que estuviesen desollando vivo y se cayó en redondo, agarrándose con ambas manos lo que tanto le dolía.

—Como las dan las toman, moreno —rezongó Bruno, y se ocupó de su compañero, mientras el gigante negro se retorcía en el suelo, ahogado de dolor.

Milton Dorsey, furioso, le arreó otro mordisco al habano, pero continuó sentado en el sofá.

—¿Cómo te sientes, Oscar? —preguntó Vitali.

—Los tengo como pasados por una batidora —masculló el argentino, con las manos entre los muslos.

—El negro no debe tenerlos mucho mejor.

—Me alegro de que le hayas dado su merecido a ese traidor, Bruno.

—Ha sido un placer, te lo aseguro.

—Yo también quiero darle algo.

—¿Estás en condiciones de seguir luchando, Oscar?

—Naturalmente. Además, al negro le duele lo mismo que a mí, así que no estaré en desventaja.

—Está bien, sigue con él y consigue los cinco mil dólares que apostaste con Dorsey.

—Es como si ya los tuviera en el bolsillo —sonrió ligeramente el argentino, que ya se había puesto en pie, ayudado por su compañero.

Bruno regresó junto a Milton.

—La lucha va a reanudarse, Dorsey.

Milton, rabioso, gritó:

—¡Levántate de una condenada vez, Tom!

El negro, a pesar de lo mucho que le dolía lo que tenía de hombre, se irguió y atacó a Oscar Gálvez.

El luchador argentino, que tenía unas ganas tremendas de

cobrarse el brutal apretón que le diera Tom en sus órganos masculinos, burló la acometida del negro y la emprendió a golpes con él.

Tom, menos recuperado que su rival, no acertaba a frenar a Oscar.

Ni siquiera le valieron sus sucias artimañas, ya que el argentino, consciente de que se enfrentaba a un luchador peligroso y traicionero, no se dejó sorprender de nuevo.

Oscar, además de moler a golpes al negro, lo volteó varias veces, estrellándolo contra el suelo o contra la pared, llegando incluso a bailarse una especie de zapateado en la espalda de Tom, cuando este quedó tendido de bruces.

Pero la pelea, decantada ya claramente a favor del luchador argentino, no acabó ahí, a pesar de que el gigante negro estaba que ya no podía con su alma.

Oscar agarró a Tom, lo volteó una vez más, y lo lanzó contra un sillón. Entre el asiento y el respaldo, quedaba un hueco, y por él metió la cabeza el negro.

Intentó sacarla, pero no pudo.

Oscar decidió ayudarle.

—Con su permiso, señor Dorsey —dijo y le arrebató el cigarro.

—Pero... —murmuró Milton.

—Se lo devuelvo enseguida, no se preocupe —sonrió el argentino, y aplicó la brasa del puro en la nalga zurda de Tom.

El gigante negro lanzó un aullido y redobló sus esfuerzos por sacar la cabeza del hueco del sillón, antes de que Oscar le aplicara el cigarro en la otra nalga.

Lo consiguió, pero porque arrancó el respaldo del sillón con su cuello de toro, lo cual no le hizo ninguna gracia a Milton, puesto que el sillón era de los caros.

Oscar le soltó un mazazo en toda la nuca, con su puño izquierdo, y el negro se desplomó como un saco de patatas, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

CAPÍTULO X

—Lo del puro ha sido una gran idea, Oscar —dijo Bruno Vitali, riendo.

—¿Verdad que sí? El negro no podía sacar la cabeza del hueco del sillón y yo le eché una mano. Es hermoso ayudar al prójimo, sin fijarse en el color de su piel. ¿No opina usted igual, señor Dorsey...? —preguntó Oscar Gálvez, con gesto socarrón.

Milton Dorsey no respondió, limitándose a emitir un áspero gruñido.

El luchador argentino le devolvió el puro.

—Su cigarro, señor Dorsey.

Milton lo recuperó de un zarpazo, pero no se lo llevó a la boca, sino que lo arrojó al cenicero con rabia.

—Recuérdale que te debe cinco mil dólares, Oscar —carraspeó Bruno.

—No creo que sea necesario. ¿Verdad que no, señor Dorsey...? —el argentino puso la mano.

Milton gruñó de nuevo, extrajo su billetera, que estaba bien repleta, y contó cinco mil dólares, entregándoselos a Oscar.

—Estamos en paz —masculló, mientras devolvía su billetera al bolsillo.

Oscar se guardó el dinero, visiblemente satisfecho.

Bruno recordó:

—Le dije que esta vez había apostado al perdedor Dorsey.

—No siempre se puede ganar —rezongó Milton.

—Con nosotros se equivocó desde el principio.

—Tal vez.

—El secuestro de Doris Farlow no le va a servir de nada.

—La desaparición de esa periodista no es cosa mía, ya os lo dije antes.

—Sí, es cierto que lo negó. Pero entonces contaba con la protección de Tom, y ahora está solo —repuso Bruno.

—¿Me estáis amenazando?

—Solo queremos rescatar a Doris.

—Aceptad la proposición que os hice, y yo me encargaré de que la chica quede en libertad.

—¡Vaya, por fin se quita la careta! —exclamó Oscar.

—Nada de eso. No sé quién secuestró a la periodista, pero poseo los medios necesarios para averiguarlo.

Bruno lo agarró de la camisa y lo levantó del sofá.

—Nuestra paciencia se ha agotado, Dorsey —advirtió, acercando mucho su cara a la de él—. O nos dice dónde tiene a Doris Farlow, o lo va a pasar peor que el negro.

Milton se asustó por primera vez.

—No os conviene maltratarme, muchachos.

—¿Por qué?

—Si me dais una bofetada, la chica recibirá dos. Y si me dais dos bofetadas, ella recibirá cuatro.

Bruno apretó los dientes.

—Es usted una rata cobarde, Dorsey.

—¿Por qué no tratamos el asunto con calma, muchachos? —sugirió Milton, forzando una sonrisa.

—¿Con calma, dice, hallándose Doris en poder de esos bastardos de Hatch y Gruder?... —rugió el luchador italiano.

—No sufrirá ningún daño si vosotros tampoco me lo causáis a mí, os doy mi palabra.

Oscar Gálvez intervino:

—Déjamelo a mí, Bruno. Yo le haré «cantan».

—¿Es que no lo has oído, Oscar? Si lo maltratamos, Doris sufrirá las consecuencias.

El luchador argentino vaciló.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Por el momento, oigamos lo que tiene que decirnos Milton Dorsey —respondió Bruno, empujándolo.

Milton cayó sobre el sofá.

—¿Por qué eres tan brusco, Bruno? —dijo, arreglándose la camisa, que era de la mejor calidad.

—Hable, Dorsey —apremió el italiano.

—¿Por qué no os sentáis, muchachos?

—Estamos mejor de pie —respondió Oscar.

—Como queráis —suspiró Milton—. Bien, la verdad es que tampoco tengo mucho que decir. Firmáis el contrato conmigo, por

un año, y la periodista quedará inmediatamente en libertad.

—¿Y si acude a la policía...?

Milton se echó a reír.

—No lo hará, no temáis.

—¿Cómo lo sabe?

—Hatch y Gruder la convencerán de que debe olvidarse de lo sucedido, si no quiere tener nuevos problemas.

—La aterrorizarán, ¿no?

—Digamos que el meterán el miedo en el cuerpo.

Oscar terció:

—A nosotros no nos pueden aterrorizar sus matones, Dorsey.

—¿Qué quieres decir, Oscar?

—Bruno y yo podemos contárselo todo a la policía.

—Sé que no lo haréis.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó Bruno.

—No os conviene, sencillamente. Además, no podéis presentar prueba alguna contra mí. Y, sin pruebas, no se puede acusar a nadie.

—El testimonio de Doris Farlow sería la mejor prueba.

—Pero ella no testificará, Bruno, eso os lo puedo garantizar. Sabe que le costaría muy caro.

Bruno y Oscar guardaron silencio.

Milton esperó unos segundos y preguntó:

—¿Firmaréis el contrato, muchachos?

—Tendremos que anular el contrato que hemos firmado con Jacob Barnes... —murmuró el luchador italiano.

—Oh, no creo que sea necesario —sonrió Milton—. ¿Para cuántos combates os ha contratado?

—Solo para uno.

—¿La revancha con Tatsuo Sonoda y Lakhdar Malloumi?

—No, ellos no quieren pelear de nuevo con nosotros.

—Qué lástima.

—Nuestros rivales serán Pancho Lamata, «el puma mexicano», y Fred Wharton, «la roca tejana».

—¡Magnífico! —exclamó Milton.

—¿Por qué se alegra tanto? —preguntó Oscar.

—¡Son pan comido para vosotros, muchachos!

—Jacob Barnes asegura que son dos excelente luchadores —dijo

Bruno.

—¡Pero vosotros sois mejores!

—Sí, eso también lo dijo Barnes —repuso Oscar.

Milton les guiñó el ojo y pronosticó:

—A pesar de todo, creo que ganarán Wharton y Lamata.

—¿No acaba de decir que son pan comido para nosotros…? —recordó Bruno.

—Así es, muchachos —rio Milton.

—¿Entonces…?

—Después de vuestra exhibición de anoche, los aficionados apostarán en su mayoría por vosotros. Es lógico, porque sois los favoritos. Yo, sin embargo, apostaré fuerte por Wharton y Lamata.

—Perderá, Dorsey —advirtió Bruno.

—Sí, porque vamos a ganar —añadió Oscar.

Milton sacudió la cabeza, riendo.

—Dejaréis que ganen ellos, para que yo no pierda mi importante apuesta. Y tendréis un tanto por ciento del dinero que consiga.

—¿Dejarnos ganar…? —exclamó Oscar.

—¡Jamás! —dijo Bruno.

—Nos conviene a los tres, muchachos.

—¡Somos «la pareja invencible»! —exclamó Oscar.

—¡No podemos perder! —exclamó Oscar.

Milton sonrió y dijo:

—Es mejor ser «la pareja rica» que «la pareja invencible», ¿no creéis?

CAPÍTULO XI

Bruno Vitali y Oscar Gálvez cambiaron una mirada.

—Doris tenía razón, Oscar.

—Sí, acertó en todo —rezongó el argentino.

Milton Dorsey entrecerró los ojos.

—¿De qué estáis hablando, muchachos?

—Nada, cosas nuestras —respondió Bruno.

—Perder con Pancho Lamata y Fred Wharton no tiene ninguna importancia, chicos —sonrió de nuevo Milton—. Además, en el combate de revancha podréis demostrar vuestra auténtica valía.

—¿Habrá revancha? —preguntó Bruno.

—¡Naturalmente! —asintió Milton—. La mayoría de las apuestas, después del inesperado triunfo de Wharton y Lamata, estarán a favor de «el puma mexicano» y «la roca tejana», pero yo apostaré por vosotros y ganaré de nuevo, porque derrotaréis clara y contundentemente a Wharton y Lamata.

—Es su táctica, ¿eh, Dorsey? —mascculló Oscar.

—Sí, siempre lo ha sido —confesó Milton—. Y la verdad es que no me ha podido ir mejor. He ganado mucho dinero, y lo han ganado también los luchadores que han firmado contrato conmigo.

—A fuerza de perder combates —replicó Bruno.

—Es más importante el dinero que la fama de invencibles, ya os lo dije antes.

—Para nosotros, no.

Milton rio.

—Sois un par de tontos, pero yo me encargaré de volveros inteligentes.

—¿Dónde tiene a Doris? —interrogó Bruno.

—Vais a firmar el contrato, ¿verdad?

—¿Está en esta casa? —siguió interrogando Bruno, desoyendo la pregunta de Milton.

—¿Qué importa dónde esté la periodista? Ya os he dicho que está bien, que no sufrirá ningún daño, y que quedará en libertad en cuanto firméis el contrato.

—Antes de firmar, queremos verla.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—La chica no está aquí.

—Pues llévenos donde esté.

—No.

Bruno lo agarró nuevamente de la camisa y lo obligó a levantarse del sofá.

—Nos va a llevar junto a ella, Dorsey.

Milton sonrió nerviosamente.

—¿Ya vuelves a mostrarte brusco, Bruno...?

—Voy a mostrarme algo más que brusco, si no obedece.

—Y yo —masculló Oscar, enseñándole el puño.

Milton carraspeó.

—No olvidéis que, si me maltratáis, la chica sufrirá las consecuencias.

—Nosotros impediremos que Hatch y Gruder le hagan daño —repuso Bruno.

—¿Cómo, si no sabéis dónde está?

—Usted nos lo dirá, Dorsey.

—No.

—¿Qué se apuesta a que sí?

Milton volvió a sentir miedo.

—Tranquilizaos, muchachos.

—Estamos muy tranquilos. El que está nervioso es usted. ¿No es cierto, Oscar?

—Como un flan. Y es porque sabe que lo va a pasar muy mal si no hace lo que le decimos.

—Firmad el contrato, y todo quedará solucionado —insistió Milton.

—No vamos a firmar con usted, Dorsey —respondió Bruno.

—¿Qué?

—Nosotros nunca nos dejaremos vencer por dinero, Dorsey —dijo Oscar.

—Si no firmáis, la periodista...

Milton no pudo acabar la frase, porque Bruno le soltó un revés y lo tiró sobre el sofá.

—Basta de amenazas, Dorsey —dijo el italiano, apuntándole con

el dedo—. No está en situación de mantenerlas.

Milton se limpió, con el dorso de la mano, la sangre que resbalaba por la comisura de su boca.

—Lamentaréis esto, os lo juro —murmuró, como si temiera que los luchadores le oyeran.

Y le oyeron.

Oscar le agarró la nariz y se la retorció.

Milton chilló de dolor.

—¡Suéltame, maldito!

El argentino no hizo caso.

—Bruno dijo que se acabaron las amenazas, ¿es que no lo oyó? —masculló.

—¡La nariz!

—Le duele, ¿eh?

—¡Sí!

—Pues se va a quedar sin ella como no nos diga dónde tienen a Doris Farlow.

Milton guardó silencio.

Bruno hizo una muda indicación a Oscar, y este retorció con más fuerza el apéndice nasal de Milton Dorsey, cuyos aullidos de dolor resonaron en el amplio salón.

—¡Que me la vas a arrancar, animal! —chilló Milton.

—Eso estoy intentando.

—¡Bestia, más que bestia!

Bruno sonrió.

—Hable, Dorsey, o se quedará sin «napia».

—¡Está bien, hablaré!

—Afloja, Oscar —indicó el luchador italiano.

Gálvez dejó de retorcer la nariz de Dorsey, pero siguió aferrándola con sus fuertes dedos.

—A cantar tocan, compañero —dijo, con burlona sonrisa.

—¡Suéltame la nariz, pedazo de bruto!

—Cuando haya hablado.

—¡Dile que me suelte, Bruno!

—No, antes tendrá que decirnos dónde está Doris Farlow —respondió Vitali.

—¡Hatch y Gruder la llevaron al gimnasio!

—¿A qué gimnasio?

—Uno de mi propiedad.

—¿Dónde lo tiene? —continuó interrogando Bruno.

Milton titubeó.

Bruno miró fugazmente a Oscar.

El luchador argentino entendió y «manipuló» nuevamente la nariz de Milton Dorsey, arrancándole un chillido.

Bruno se llevó la mano al oído, con socarrona expresión, y preguntó:

—¿Dónde dijo que tiene el gimnasio, Dorsey…?

—¡En la calle Denison!

—Gracias, no lo había oído bien.

—Yo tampoco —dijo Oscar, burlón.

El argentino soltó el apéndice nasal de Dorsey, claramente hinchado y enrojecido, de tanto apretón y tanta torsión.

Milton se lo agarró con ambas manos.

—¡Iros los dos al infierno! —rugió, con ojos llameantes de furia.

—No, vamos a ir a su gimnasio, Dorsey. Y usted nos acompañará —dijo Bruno.

—Por las buenas o por las malas, como prefiera —añadió Oscar.

CAPÍTULO XII

Milton Dorsey no había mentido.

Doris Farlow se encontraba en el gimnasio de la calle Denison, vigilada por Hatch y Gruder.

No había nadie más.

La periodista de El Noticiero de San Francisco había sido metida en el despacho del gimnasio, una habitación bastante reducida. Para que no causara problemas, los matones de Dorsey la habían atado a una silla.

Doris estaba asustada.

No había sufrido daño alguno, pero no le gustaba la forma en que la miraban Hatch y Gruder.

Más que mirarla, la estaban desnudando con los ojos.

¿Se limitarían a eso, a desnudarla con sus sucias miradas, o intentarían abusar de ella?...

Era lo que Doris se preguntaba, y tenía miedo de responderse.

Estando atada a la silla, nada podría hacer por evitar que Hatch y Gruder la toqueteasen con sus manazas, si realmente era esa su intención.

De ahí la preocupación y el nerviosismo de la muchacha.

Se sabía en poder de dos tipos sin escrúpulos, y cualquier cosa podía ocurrir.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —preguntó, rompiendo el tenso silencio.

—¿El qué, preciosa? —respondió Hatch.

—Mi secuestro.

—Depende de lo que decidan Bruno y Oscar.

—No entiendo.

—Pues está muy claro, guapa —habló Gruder—. Si Bruno y Oscar firman el contrato que les ofreció Milton Dorsey, te dejaremos inmediatamente en libertad.

—¿Y si no lo firman...?

—Lo firmarán, no te preocupes. Puede que el señor Dorsey tarde un poco en convencerles, pero finalmente lo conseguirá. Bruno y

Oscar parecen dos buenos tipos, y no querrán que te suceda nada malo.

—Eso es lo que les dirá Dorsey, ¿eh? —masculló Doris—. Los amenazará con causarme daño si no firman el contrato.

—Exacto, nena —asintió Hatch, tocándose suavemente el bigote.

—Cuando yo esté libre...

Gruder se acercó a la periodista y la cogió del pelo, con cierta brusquedad.

—Cuando te soltemos, muñeca, te olvidarás por completo de Milton Dorsey y de nosotros dos, porque si intentas perjudicarnos, lo vas a lamentar toda tu vida.

Hatch sonrió y dejó oír de nuevo su voz:

—Dile lo que le pasará si comete el error de denunciarnos a la policía, Gruder.

Este, sin soltar el rubio cabello de Doris, advirtió:

—Tenemos muchos amigos, y un par de ellos te secuestrarán de nuevo, te quitarían la ropa, abusarían de ti, y luego te torturarían, mutilando tu precioso cuerpo.

La periodista sufrió un profundo escalofrío.

—No te gustaría, ¿verdad? —preguntó Gruder.

—Desde luego que no —musitó Doris.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Cuando te dejemos libre, ni acordarte de nosotros. Nadie te secuestró, ¿entiendes?

—Sí.

—Así me gusta —sonrió Gruder, y le soltó el pelo, aunque no se apartó de la muchacha.

Doris, pálida y ligeramente temblorosa, vio que la mano del matón se aproximaba a sus senos, totalmente libres bajo la fina blusa.

—No me toque, por favor —suplicó, adivinando las intenciones del tipo.

—Solo quiero averiguar si usas sujetador.

—No llevo.

—Déjame comprobarlo.

—¡No! —gritó Doris, agitándose en la silla.

Gruder le aprisionó un seno con su fuerte mano, percibiendo claramente la tibieza del mismo a través de la delgada blusa.

—Tiene los pechos firmes y duros, Hatch.

—¿De veras?

—Sí, son magníficos.

—¿Y qué hay del sujetador…?

—Pues, no estoy seguro de si lleva o no.

—Ábrele la blusa y saldremos de dudas.

—Eso pensaba hacer.

Doris Farlow volvió a agitarse en la silla.

—¡No, cerdos! —chilló, desesperada.

Gruder y Hatch rieron, gozando con la angustia y el terror de la indefensa periodista. El primero ya le estaba desabotonando la blusa, sin ninguna prisa, para prolongar la desesperación de la muchacha.

Doris quedó con los pechos al aire, temblorosos, como toda su persona.

—¿No te dije que eran magníficos, Hatch…? —habló Gruder, mordiendo con los ojos los hermosos senos de la joven.

—Soberbios de verdad —respondió Hatch, acercándose, pues no se conformaba con contemplar los pechos desnudos de la periodista.

Quería tocarlos, besarlos, morderlos…

Gruder deseaba lo mismo.

Ya se disponía a hacerlo, cuando la puerta se abrió de repente y Milton Dorsey entró en el despacho, empujado por Bruno Vitali y Oscar Gálvez.

Hatch y Gruder se quedaron paralizados por la sorpresa.

—¡Bruno!… ¡Oscar! —exclamó Doris, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Lágrimas de alegría, de emoción, porque la aparición de los dos luchadores no había podido ser más oportuna.

Bruno y Oscar, al descubrir que la periodista tenía la blusa abierta por completo, lo que la obligaba a exhibir sus pechos desnudos, adivinaron que era cosa de los matones de Dorsey y ambos montaron en cólera.

—¡Duro con ellos, Oscar! —rugió el italiano.

—¡No les vamos a dejar un solo hueso sano! —barbotó el argentino, quien le asestó un golpe en el cuello a Milton Dorsey, para que no pudiera huir mientras Bruno y él les daban su merecido a Hatch y Gruder.

Milton emitió un gemido y se derrumbó, quedando tendido en el

suelo del despacho.

Bruno ya estaba saltando sobre Hatch.

Oscar se lanzó sobre Gruder.

Los matones de Dorsey, conscientes de que no tenían la menor posibilidad de salir airosos de su lucha con Bruno y Oscar, recurrieron a sus armas.

Ambos portaban un revólver calibre 38, de cañón muy corto.

Bruno golpeó duramente el antebrazo de Hatch, obligándole a soltar el arma sin haber tenido tiempo de usarla.

Tampoco Gruder pudo hacer uso de su revólver, al recibir un tremendo puñetazo de Oscar en plena boca, que casi le deja sin dientes. El matón perdió el arma y varias piezas dentales, mientras rodaba por el suelo del despacho como una pelota.

Hatch no tardó en imitarle, pues también recibió un feroz puñetazo en la cara, propinado por Bruno.

Los luchadores se apoderaron rápidamente de las armas de los matones, se las guardaron y reanudaron la zurra, hasta dejarlos a ambos inconscientes.

Después, Bruno dijo:

—Vigílalos tú a los tres, Oscar. Yo me ocupo de Doris.

—Bien —respondió el argentino, echando una nueva mirada a los preciosos senos de la periodista, que ella continuaba mostrando en contra de su voluntad.

Lo primero que hizo Bruno, fue cerrar la blusa de la muchacha y pasar un par de botones, mientras decía:

—Ya acabó todo, Doris.

—Gracias a vosotros, Bruno.

—¿Te hicieron algún daño esos canallas?

—No, se limitaron a abrirme la blusa para verme los pechos. Pero hubieran hecho algo más que mirarlos, de no haber llegado vosotros tan providencialmente.

—Les hemos dado una soberana paliza, ya lo has visto.

—Se lo merecían.

Bruno desató a Doris.

Ella se puso en pie, le echó los brazos al cuello, y le besó en los labios.

—Gracias por haberme salvado, Bruno.

—Ha sido un placer.

—Te hemos salvado los dos, Doris —carraspeó Oscar.

La periodista lo miró y le sonrió.

—No te preocupes, Oscar. También habrá un beso para ti.

—Eso está mejor.

Doris besó al luchador argentino.

Bruno dijo:

—Bien, habrá que llamar a la policía.

—¿Policía?… —respingó nerviosamente Doris.

—Sí, para que se haga cargo de Dorsey y sus matones. Y también de Tom, el luchador negro que tiene Dorsey en su casa. Peleamos con él, y lo dejamos sin sentido —explicó Vitali.

La periodista se mordió los labios.

—Tengo miedo, Bruno.

—¿De qué?

—Hatch y Gruder me amenazaron. Dijeron que, si intervenía la policía, dos de sus amigos me secuestrarían de nuevo y…

Doris se lo contó.

Bruno la cogió por los hombros, suavemente, y aseguró:

—Eso no sucederá, Doris. Hatch y Gruder lo dijeron para aterrorizarte. De esa manera, no te atreverías a denunciarlos a la policía, cuando te dejasen en libertad. Dorsey nos lo explicó.

—¿Es cierto eso, Bruno?

—Díselo tú, Oscar.

—Es verdad, Doris —corroboró el argentino—. Hatch y Gruder tenían que meterte el miedo en el cuerpo, para asegurarse de que no ibas a la policía cuando te soltaran. Y, sin tu testimonio, Bruno y yo tampoco podríamos denunciar a Dorsey, porque careceríamos de pruebas.

La periodista, mucho más tranquila, dijo:

—Podéis llamar a la policía, Bruno. Ya no tengo miedo.

—No sabes cuánto me alegro —sonrió el italiano, y le dio un beso.

CAPÍTULO XIII

La policía ya se había hecho cargo de Milton Dorsey, Hatch, Gruder y el gigantesco Tom, tras haber escuchado las declaraciones de Bruno Vitali, Oscar Gálvez y Doris Farlow.

Los cuatro se iban a pasar una buena temporada a la sombra. Y muy en especial, los tres primeros.

Tal y como lo habían acordado en el hotel, Bruno, Doris y Oscar almorzaron juntos, y la periodista les hizo a los luchadores la entrevista para El Noticiero de San Francisco, en la que también se hablaba largamente y tendido de Milton Dorsey y sus matones.

Por la noche, contaron con la compañía de Caroline, la atractiva secretaria de Jacob Barnes, que bailó varios tangos con Oscar, provocando no solo las risas de Bruno y Doris, sino del resto de los presentes.

Fue una velada tremendamente divertida, pero había que rematarla debidamente, para que resultara completa del todo. Con ese propósito, ambas parejas se separaron, acompañando Oscar a Caroline al apartamento de esta, mientras Bruno hacía lo propio con Doris.

La secretaria de Jacob Barnes vivía en un apartamento pequeño, pero tan atractivo y sensual como la propia Caroline.

—¿Te gusta, Oscar...? —preguntó, cuando entraron en él.

—Mucho. Pero tú aún me gustas más, Caroline —respondió el luchador argentino, abrazándola.

Ella le pasó los brazos por el cuello.

—¿Vas a luchar conmigo, Oscar?

—A eso he venido.

—¿En la cama?

—Es el lugar más apropiado.

—Me ganarás, seguro.

—Tengo mis dudas, ¿sabes?

—¿Tan peligrosa me consideras...?

—Estoy seguro de que lo eres, pero no lo digo por eso.

—¿Por qué, entonces?

Oscar carraspeó.

—Me hicieron daño en cierto sitio esta mañana, y aún siento dolor, por lo que no sé si podré rendir lo que es normal en mí. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

—Desde luego.

—Por mí no ha de quedar, te lo aseguro.

—Lo sé, Oscar.

—Si me ganas, me concederás la revancha, ¿verdad?

—Por supuesto.

Gálvez le acarició el rojizo cabello.

—Eres una chica estupenda, Caroline.

—Y tú un gran tipo, Oscar.

—2,02 de estatura.

—¡No me refería a tu talla, tonto! —rio la secretaria de Barnes.

Oscar rio también, la cogió en brazos, y la llevó hacia el dormitorio.

* * *

En el apartamento de Doris Farlow, esta y Bruno Vitali se estaban besando, sentados en el sofá del *living*. De pronto, la mano del luchador italiano se deslizó por el escote del vestido que lucía la periodista y alcanzó sus senos, acariciándolos con suavidad.

—Bruno… —musitó ella, estremeciéndose dulcemente.

—Te deseo, Doris.

—¿Es eso lo único que sientes por mí, deseo?

—No, siento muchas cosas más.

—Me gustaría que fuera cierto.

—¿Por qué iba a engañarte?

—Para que consienta que me lleves a la cama.

—No soy de esos, Doris —aseguró el luchador, retirando su mano del busto femenino.

La periodista se la cogió y la apretó contra sus senos.

—¿Te has enfadado, Bruno?

—No.

—Perdóname, no he querido ofenderte.

—No me has ofendido, Doris.

—Has dejado de acariciarme.

—Para que no desconfíes de mí.

—No desconfío, Bruno.

—¿Estás segura?

—¿Te has recuperado ya del golpe bajo que te dio Tatsuo Sonoda?

—Creo que sí.

—Entonces, vamos al dormitorio.

Bruno se quedó mirándola.

—¿De verdad lo deseas, Doris?

—Tanto como tú.

—Doris, cariño... —murmuró el luchador, y la besó ardorosamente en los labios, al tiempo que la estrechaba con fuerza.

* * *

El Royal Club se hallaba totalmente abarrotado de público.

Un público que deseaba ver nuevamente en acción a Bruno Vitali y Oscar Gálvez, «la pareja invencible», en esta ocasión enfrentados a Pancho Lamata, «el puma mexicano», y Fred Wharton, «la roca tejana».

Era el combate estelar de la velada, de eso no cabía la menor duda, aunque también los otros cuatro combates tenían su interés, pues, para empezar, estaba programado un tercer combate entre Barry Mostel, «el león californiano», y Max Lubin, «el oso canadiense», actualmente empatados a una victoria.

El pronóstico era incierto, pero la mayoría de los aficionados se inclinaban por el triunfo de Barry Mostel, y habían apostado por el luchador californiano.

Y acertaron, ya que Mostel, aunque pasó momentos de apuro, por culpa de las sucias artimañas de Max Lubin, acabó imponiéndose y le propinó una buena paliza a «el oso canadiense».

Los espectadores, muy complacidos, dedicaron una gran ovación al luchador californiano, que había hecho honor a su nombre de guerra, peleando como un verdadero león.

El segundo combate de la noche, también resultó reñido y emocionante, por lo que el público disfrutó de nuevo.

El tercer combate, enfrentaba a Humberto Yáñez, «la bestia chilena», y Teófilo Martos, «la pantera peruana», un extraordinario

luchador, que también le dio un soberano palizón al chileno, entusiasmando al público.

A continuación actuó Jerry Bogart, «el pulpo de Oregón», vencedor en la última velada de «la bestia chilena». Se enfrentó a un rival difícil, pero el luchador de Oregón, haciendo honor a su fama, consiguió enroscarse como un verdadero pulpo a su contrincante y lo inmovilizó totalmente, obligándolo a rendirse.

Los aficionados supieron premiar el magnífico combate realizado por Jerry Bogart, aplaudiéndole hasta que desapareció por la puerta de los vestuarios.

Y, por fin, se llegó al combate de fondo, el siempre emocionante y espectacular *catch* a cuatro, con la actuación de «el puma mexicano» y «la roca tejana» frente a «la pareja invencible».

Pancho Lamata y Fred Wharton fueron los primeros en salir de los vestuarios, seguidos de cerca por Bruno Vitali y Oscar Gálvez.

Los aficionados aplaudieron con ganas, al tiempo que vitoreaban al italiano y al argentino, de quienes esperaban otra formidable demostración de técnica y bravura.

Doris Farlow y Caroline, la secretaria de Jacob Barnes, se pusieron en pie y aplaudieron con más ganas que nadie a Bruno y Oscar. Ambas se habían puesto de acuerdo para asistir a la velada de lucha libre, esperando presenciar una clara victoria del italiano y el argentino.

La periodista estaba bastante tranquila, pero Caroline se veía muy nerviosa, ya que ella no tenía costumbre de asistir al Royal Club. Y, aunque confiaba en el triunfo de Oscar y Bruno, intuía que iba a pasar un mal rato.

—Ganarán, ¿verdad, Doris? —dijo la pelirroja.

—¡Seguro! —respondió la periodista—. ¡Bruno y Oscar son extraordinarios!

—Temo que Oscar no esté en plena forma.

—¿Por qué dices eso?

La secretaria de Barnes se mordisqueó los labios y confesó:

—Hemos hecho el amor demasiado a menudo.

—¿En serio?

—Sí.

Doris se echó a reír.

—Bueno, no te preocupes por eso, Caroline. Bruno y yo también

nos hemos ido a la cama con cierta frecuencia —confesó a su vez.

—¿De veras?

—Sí.

—Oh, entonces Bruno tampoco debe hallarse muy en forma.

—¡Te equivocas!

—¿Os pasasteis todo el tiempo durmiendo, acaso...?

—¡Por supuesto que no! —volvió a reír Doris.

—¿Entonces...?

La periodista le guiñó pícaramente el ojo a la secretaria de Barnes y aseguró:

—A Bruno y a Oscar les sienta bien hacer el amor con regularidad, Caroline.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Bruno, después de una de nuestras uniones íntimas. Si hacen el amor, se encuentran en espléndida forma física. En cambio, cuando no se comen una rosca, pierden reflejos y rinden mucho menos en el cuadrilátero.

—¡Sorprendente! —exclamó la pelirroja.

—Así es, pero...

—¡Ya estoy tranquila, Doris!

—¿Por qué?

—¡Mujer, porque Bruno y Oscar no solo se han comido una rosca, sino un pan entero! —respondió la secretaria de Barnes, y rompió a reír.

Doris rio también con ganas.

—¡Eres tremenda, Caroline!

Mientras tanto, los cuatro luchadores habían alcanzado el *ring* y ya se hallaban sobre él, saludando al público. Después, se retiraron a sus respectivos rincones y se despojaron de las batas.

Pancho Lamata «el puma mexicano», poseía una complexión similar a la de Bruno Vitali, aunque pesaba seis kilos más que el luchador italiano. Es decir, que rozaba los cien kilos de peso, puesto que solo le faltaban un par de kilos para llegar al centenar.

Fred Wharton, en cambio, era una especie de dinosaurio con aspecto humano, ya que pesaba nada más y nada menos que ciento treinta y cinco kilos.

Justificado, pues, lo de «la roca tejana».

Más que una roca, parecía un farallón.

A pesar de ello, los aficionados siguieron confiando en la victoria de «la pareja invencible», y lo demostraron con sus gritos de aliento.

—¡Encárgate tú del tejano, Oscar!

—¡Podrás con él, porque todo es fachada!

—¡No es una roca, sino un vulgar pedrusco!

—¡En cuanto lo tumbes, llamaremos a la grúa para que lo levante!

Los espectadores reían, divertidos.

El árbitro del combate llamó a los luchadores, que se saludaron en el centro del *ring*.

No hubo tanteo de fuerzas entre ellos, limitándose a estrecharse la mano de forma amistosa. Recibieron las consabidas instrucciones del árbitro, y segundos después daba comienzo el combate.

Como en la pelea anterior, fue Oscar Gálvez el primero en entrar en acción, enfrentándose a Fred Wharton, mientras Bruno Vitali y Pancho Lamata aguardaba fuera del cuadrilátero.

«La roca tejana» intentó sorprender al luchador argentino, atacando con mayor rapidez de la que cabía esperar de un hombre de su peso. A pesar de ello, Oscar no se dejó atrapar, y fue él quien, en el contraataque, muy veloz también, sorprendió a Fred Wharton, logrando derribarlo.

La caída del tejano, muy sonora, arrancó un rugido general de entusiasmo.

—¡Ya es tuyo, Oscar!

—¡Pulveriza a «la roca»!

—¡Dale fuerte!

Pancho Lamata no tardó en salir en ayuda de su compañero.

Y claro, también Bruno Vitali entró en acción.

A partir de ese momento, el combate adquirió un interés y una espectacularidad que hizo vibrar a los espectadores, muchos de los cuales enronquecieron de tanto gritar.

Era el mejor *catch* a cuatro que los aficionados presentes en el Royal Club habían presenciado jamás.

Bruno Vitali, naturalmente, se encargaba de Pancho Lamata, cuya agilidad era semejante a la de un auténtico puma, por lo que, el luchador italiano tuvo que emplearse a fondo.

Era la única manera de dar adecuada réplica al mexicano, un

luchador realmente magnífico, que sin embargo no pudo con Bruno, cuya agilidad y recursos técnicos eran también portentosos, como ya demostraron en el anterior combate.

Oscar Gálvez, por su parte, tuvo que vérselas una y otra vez con aquella especie de apisonadora que era Fred Wharton, «la roca tejana», cuya resistencia era algo increíble.

¡Lo aguantaba todo, el tío!

Y eso que el luchador argentino no repartía golosinas, precisamente.

Pero no había manera de doblegar al tejano.

Oscar lo consiguió finalmente, pero tuvo que sudar tinta.

Los espectadores, jubilosos por la nueva victoria de «la pareja invencible», mucho más difícil y trabajosa que la primera, dedicaron a Bruno y Oscar una tremenda ovación.

Ambos luchadores correspondieron a los aplausos y vítores del público, levantando los brazos, muy alegres y satisfechos los dos.

Pero, para alegres y satisfechas, Doris y Caroline.

Ambas brincaban a dúo, estrechamente abrazadas.

—¡Tenías razón, Doris!

—¿En qué, Caroline?

—¡A Bruno y a Oscar les sienta de maravilla la cama!

Las dos muchachas rieron tan a gusto que se les saltaron las lágrimas.

EPÍLOGO

Jacob Barnes, absolutamente convencido ya de que tenía en sus manos un auténtico filón de oro, no quiso que nadie se lo arrebatara y ofreció un contrato por un año a Bruno Vitali y Oscar Gálvez, «la pareja invencible», en condiciones realmente interesantes para ambos luchadores.

Bruno y Oscar aceptaron sin dudar.

Les gustaba San Francisco, les gustaba el Royal Club y les gustaban Doris y Caroline.

El luchador italiano había decidido ya casarse con la atractiva periodista de El Noticiero de San Francisco, porque no tenía la menor duda de sus sentimientos hacia ella. La quería, y deseaba hacerla su esposa.

Oscar, en cambio, todavía no sabía si se uniría en matrimonio a Caroline o no, pero era más que probable que lo suyo acabara también en boda.

Entre otras cosas, porque la guapa secretaria de Jacob Barnes había aprendido a bailar el tango.

Y eso hacía tan feliz al luchador argentino…

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España